

N
K
B



RAMON A. URBANO

PIEDRAS

FALSAS

ARTICULOS LITERARIOS

Dos pesetas



MADRID
LIBRERIA DE FERNANDO FÉ
Carrera de S. Jerónimo 2.

860-82

URB

me

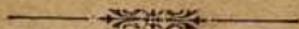
PIEDRAS FALSAS

A mi querido amigo
Compre de siempre Narciso
Díaz Su amigo
El autor

NO SE PRESTA

Sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura

RAMON A. URBANO



PIEDRAS FALSAS

Artículos literarios



R. 17.585

MÁLAGA
TIPOGRAFÍA DE MANUEL CERBAN
Baños de las Delicias
1892



219

A MI RESPETABLE AMIGO

EXCMO. SR. CONDE DE PARCENT

Y DE CONTAMINA

Grande de España de Primera clase

y

Gentil-Hombre de Cámara

Testimonio de distinguida consideracion

El Autor.

LOS INOCENTES

LOS INOCENTES

Formando alegre comparsa, recorren las calles de la ciudad los célebres inocentes, para conmemorar con algazara y huelga una fecha luctuosa: la degollacion de los recién nacidos ordenada por el sanguinario Herodes.

¡Los inocentes! Cualquiera creerá que se trata de un grupo de niños que discurre por calles y placetas. Pues nó, que los individuos de la parranda son hombres hechos y derechos—al decir vulgar—braceros del campo, venidos de los partidos rurales de la Vega, Verdiales y Jarazmin.

Miradlos; su extraño atavio, adorno característico para esta postulacion, consiste: en el traje usual, en los botillos nuevos y en la almidonada camisola, amen del sombrero redondo cubierto enteramente de flores artificiales y exhornado con cintas de esmeralda, de vermellon y de azul cobalto.

Es decir, que lo único extraordinario y que da caracter diferencial á la indumentaria del *inocente* es el chapeo vistosísimo que ostenta los matices del iris.

Cada individuo tiene señalado, en la comparsa, su cometido: ya uno cosquillea con experta mano la guitarra, haciendo brotar de ella carcajadas sujetas á tono; ora mortifica otro con el resinado arco los nervios del violin que, con monótona precisión, vierte torrente de notas; ya agita y repiquetea un tercero la pandereta mientras el zagal que marcha pausadamente junto al guitarrista canta la amañerada copla y frota los platillos metálicos que forjan acompasado sonsonete.

Si el previsor transeunte al columbrar la turba de cantores y músicos pretende escabullir el cuerpo por la calleja trasvesal, tratanto de eludir la intimación del postulante, engañado está de medio á medio, por que el inocente (que no lo es ni por pienso) alcanza primero con su vista de lince y luego con su natural ligereza al que así pretende burlarle; y llegando á su lado en vertiginosa carrera le presenta el pandero á cuatro dedos de la cara.

«Vaya con Dios el cabayero gracioso;—dícele el peticionario con zalamería. Señorito échele osté argo á los inocente, que, ya vüstè qué pena, los mató el pícaro de Heróe y no hay más que nosotros que pidamo por eyo.»

El asaltado sonríe, pero haciendo aún resistencia, dice que no tiene nada que dar.

«Aunque sea una pesetita, señor, aunque sean do rale; que osté tié cara de rumbo.»

Por fin se ablanda el corazón de roca y vierte sobre la pandera cuatro ó cinco monedas de cobre; da las gracias el hábil muchacho y dejando en libertad al paseante corre á unirse con la comparsa de que forma parte.

El cantador alza un poco la cabeza, y canta al par que se colora su rostro por el esfuerzo:

«Jembra que está en el balcon
llena de gracia y salero
jeche usté á los inosente
siquiera los ojos negro.»

Cantado esto así, un individuo, de los del pandero, se planta bajo el balcon donde se exhibe una muger hermosa, y levantando en alto la mano así dice:

«Bendiga Dios su carita, jermosa. Venga aquí argo, siquiera una saliva.»

Párase la comparsa al pié del balcon aquel; el abanderado saca del correon la vara del estandarte y posa en el suelo la extremidad del palo. ¡Ah, el estandarte es un pedazo de coco encarnado, lleno de lazos y franjas, de escarolados y encajes. En el centro del paño luce una estampa de la virgen del Carmelo!

Calla por un momento el rumor de platillos,

violín y guitarra. En esta breve parada se templan las cuerdas de los instrumentos; y al emprender de nuevo su marcha la comitiva, solo cesa en la alegre tarea cuando halla al paso la taberna, donde al libar los sedientos varones el zumo de las vides, parecen unir á las guirnaldas que adornan sus sombreros, las ramas de pámpanos ofrecidas por Baco á los visitantes de su templo impuro.

LA CAJA DE PASAS

LA CAJA DE PASAS

Te traigo un regalo; tal vez por el pronto te parezca mezquino, pero luego... quizás te alegre y te alegre mucho.

¿Ves?... Es un *pintadillo*, una caja de pasas de mi tierra; este fruto es un producto del suelo y del sol, si, tiene el jugo de la cepa, el aroma del ambiente y un no sé qué especial que le otorga el astro inconmensurable al calentar con su tibio rayo la transparente uva.

Mira qué arrugadita está la pasa; semeja la cara de una muger mulata que ha llegado á la ancianidad; pero nó, no te hagas esa ilusión triste; la pasa ni es americana ni es vieja.

Qué olor á campo, qué brisas de vega llegan hasta mí en el momento de destapar la caja...

Hay que observar con detenimiento el dibujo que cubre la madera: aquí, un grupo de manolas, en

actitud de tocar las palmas parece acompañar á la cantadora que entona las típicas canciones de mi tierra; en el costadillo, un flamenco, vestido de corto, despídese con un beso de la andaluza reina de su corazón, en el interior de la cubierta se desarrolla una escena trágica: los hombres empuñan sus *alfileres*, la guitarra aparece en el suelo, el vino se decanta y las manolas separan á los contendientes, en tanto el ventero levanta los brazos como en actitud de endilgar alguna razonada reprimenda. La vida el movimiento que falta á la viñeta, se lo despierta la pasa con su aroma que condensa el del aura meridional.

Encajillos de papel blanco, ornando los ángulos del cajoncito, forman el peregrino delicado marco al fondo uniforme que constituye el fruto con su colocación simétrica. ¡Qué hileras aquellas, las del primer lechol! ¿Dónde estudia la vendejera el arte difícil de amoldar el grano, formando con él un cuadro que revela las excelencias de la tierra andaluza?...

Venid al campo, mirad la cepa que levanta al cielo sus rastrojos poblados de verdes hojas. Forman los pámpanos, bordada alcatifa que cubre las asperezas del erial. Y sin embargo, esta lozania, esta belleza, no son sino reminiscencia de una belleza y una lozania que fueron mayores. Aquellos viñedos frondosos los taló una plaga invisible que al devastar los campos probó de una vez para

siempre, que no hay enemigo pequeño por pequeño que nos parezca.

Pero aún brota el opimo fruto haciendo inclinar su peso á la gracil vareta de la cepa, y aún en las tardes estivales resuena la vihuela cerca de los paseros cargados, y se escucha la voz del labriego entonando la copla al estilo verdialesco.

Aún, á través de la dorada uva, donde los rayos de la luz diurna penetran con ansia como para gustar del nectar que se encierra en el transparente glóbulo, vése conservada la pureza que era rasgo característico de las moscateles de antaño.

¡La vendimia! Etapa del año en que los placeres del campo aumentan su incentivo. Las horas de la recolección llenan de regocijo el alma, ante la magnanimidad de la naturaleza que recompensa los cuidados del hombre.

Digámoslo en verso:

Su luz ardiente derrama
el astro hermoso del día;
reposa allí la alquería
sobre una alfombra de grama;
besa la flotante rama
al arroyo que serpea;
el cañizar se cimbrea,
el viento el mimbral azota
y el junco en la orilla brota

y en los espacios ondéa.

Sus hojas tiende el sarmiento,
salpicando de esmeralda
del monte la abrupta falda
que besa afanoso el viento.
Hace el labrador contento
sus campañas estivales,
y vendimian los zagaes
en cuadrillas desplegados
los mil racimos dorados
que cuelgan de los parrales.

Parece que, á pesar de los tropos, encuentra en
la rima mejor intérprete la sin par belleza de mis
campos.

Todo es luz, todo es poesía:
allí renace la calma
y allí se satura el alma
de celestial ambrosía.
Salta el reptil en la ría
hasta ocultarse en el limo;
el fruto se extiende opimo
sobre la llanura inmensa,
y el sol con su luz intensa
arruga y pasa el racimo.

Yo recuerdo aquellos parrales y aquellas cepas,
aquellos racimos y aquellos pámpanos. María y
Victoria, olvidando los sistemáticos miramientos
que guardaban en los salones, se trocaban en ver-

daderas mujeres de labor y ya cortaban el racimo ó arreglaban el toldo del pasero, ya extraían el fruto del calorífero y llenaban los lechos compitiendo con las faeneras en destreza y pulcritud.

.....

Justo es perdonar estas divagaciones, lector de mi alma, á quien por cambio te trae una caja de pasas llena de encajes y cubierta de cromós,
cromos y encajes,
fruto y madera
que difunden aromas
de aquella tierra.

LAS ALMECINAS

LAS ALMECINAS

Felele, como le decían sus camaradas para abreviar el nombre de Federico, desempeñaba la profesion de granuja tan á maravilla, que apenas dejaba de vagar por todas las calles esperando á que cayera el maná.

Pero Felele, á pesar de su condicion picaresca, tenía sus ribetes de hombre práctico y venían á consultarle los chaveas de aquende y allende el Guadalmedina, sobre un punto cualquiera en que estúviese interesada la granujería.

Una tarde, tarde de féria en el barrio de la Victoria, tropezó Felele con el Cristianito (Cristian segun el libro de la parroquia) y hablando los dos amigos acerca de lo malo que estaba el oficio de las colillas, y sobre la decadencia del negocio de fósforos, llegaron á convenir en que la vida era un perenne manantial de desdichas, y en que éstas debían ser combatidas sériamente con el divertimien-

to. Todo ello fué dicho, como hay que suponer; mediando una fraseología tan chusca como vulgar y viniéndose á deducir las conclusiones de los rudos silogismos de una manera donosísima, digna de ser glosada por la pluma de Cervantes.

—Mira una perra—dijo de pronto Felele.

Cristianito giró su vista en torno del lugar en que se hallaban, como pretendiendo encontrar algún ejemplar de la raza canina.

Entendió Felele el efecto y dijo riéndose.

—¡Ay, qué mare! ¡Si no es una perra que ladra, sino una mota! ¿La ves?... Y abriendo de par en par la mano (si ustedes me dan licencia para decirlo) mostró á los asombrados ojos de Cristian una moneda de cobre que para los chaveas brillaba tanto como si fuese de plata.

—¡Uy!—dijo entonces el Cristianito. ¿Vamo á comprá armesina y á sortarle cá balaso á las bimbás que tiemble la caye?...

Quedóse un punto pensativo el pícaro Felele, como si quisiera estudiar perfectamente la idea, y en un santi-amen produjo su dictámen, en la forma siguiente:

—Oye, no has pensao mar. Pero... con la perra chica no nos dan más que un carriso.

—No le jase. Mira... y diciendo esto sacó Cristianito un canutito de caña que tenía oculto en la cintura, dentro del calzon agujereado y lleno de manchas (hábito característico del orden.)

Los dos granujas, cuya minuciosa descripción no hice por no decir que llevaban una gorilla mugrienta y un camison haraposo, amen de la bolsilla ó faltriquera de muselina colgada sobre el pecho, para depositar las puntas de cigarros y trozos de vegueros que se hallaren, anduvieron algún trecho hasta llegar á la calle de la Victoria, alegre avenida del barrio de las muchachas sandungueras y de los hombres ternes.

La feria, poco aparatosa, si bien alegre y risueña, extendía sus puestos de avellanas y garbanzos á derecha é izquierda; voceaba el turronero las excelencias de su mercancía, imán de insectos más ó menos glotonos, y la graciosa buñolera con las ramas de albacaca entrelazadas por el negrísimo apretado coco *hacia el artículo* á la puerta de su abigarrada tienda.

Chirreaba el gozne de la pesada rueda que agitaba en círculo los caballitos y carricoches mientras el clarinete y el bombo formaban un ruido desagradable, capaz por sí solo de alejar á los atrevidos paseantes; oleadas de gentes, iban y venían como estuación de un mar de criaturas, por entre las cuales ibanse filtrando, por decirlo así, el Cristianito y su compañero.

Llegaron ambos muchachos á la plaza de la Victoria, paráronse delante de un puestecillo en el cual ejercía su comercio una vieja almechinera, de las de larga historia en esta clase de negocios, y

tomando la palabra Felele preguntó á la tía:

—Agüela, ¿cuánto vale esa media?

—¿Esa? un chavo.

—¡Ay qué gracia, po si no cabe ahí ni media armesinal! ¿Quiérosté dá tre en un cuarto?

—Apara; respondió la anciana llenando el cucuruchillo de bolitas oscuras, y amarillas, al par que breves como cuentas de un rosario.

Adelantó Felele ambas manos formádo un cuenco profundo, aunque nó limpio; depositó la vendedora su fruto en el improvisado recipiente y escogiendo despues, los compradores, un carrizo y un atacador, abonaron el imperte de la cuenta que ascendía á la enorme suma de cinco céntimos.

En aquel instante consideráronse felices los chiquillos, pues comenzaron á hacer de las suyas con lo cual se divertieron mucho.

Ocurrió la felicísima coincidencia de pasar, por entre la bulla, dos tórtolos almibarados, una señorita con su señorito correspondiente; él, bebiéndose el aliento de ella, ésta correspondiendo á la ternura de su amante.

El novio fué, desde aquél momento, el blanco de los proyectiles. Felele royó una almesina, masticó y paladeó su áspera y agradable carnegilla, aplicóse luego el canuto á la boca y forjando un soplo de fuerza de cien caballos (no valen andaluzadas) lanzó el buesecillo de la almequina con tal ímpetu que fué á dar en la nuca del meloso

enamorado. Imitó Cristianito el juego y logró hacer blanco en el sombrero del lechugino; repitió Felele y metió su bala en la oreja del caballero: á todo ésto los chaveas adoptaban sus precauciones para no ser vistos; ya tomaban por biombo á una agüela que les tapaba, ya se inclinaban y reducían su estatura como convenía al caso. Y el señorito estaba ya tan harto y de tal modo sudaba, que si hubiese encontrado al atrevido tirador á buen seguro le arrancara las orejas.

Miraba hácia atrás, á la derecha, á todas partes, pero siempre recibía el golpe del lugar contrario. Aquellos almecinazos consecutivos y fuertes hacíanle el mismo efecto que si una legión de abejas se hubiera lanzado sobre su cabeza, acosándole á fuerza de punzantes aguijonazos.

Felele y Cristianito se divertían soberanamente, redoblaban su juego y volvían á la carga. Por la precisión parecían veteranos en trinchera, semejan-do el roer de la almecina la ruptura del cartucho, y el disparo de la bolita el tiro del miliciano.

¡Ah! ¿Y sabeis quién interrumpió el combate?... Un agente policiaco que, apercebido de la operación venía siguiendo á los chaveitas tranquilamente, hasta conseguir pillarles por una oreja y conducirles á la prevención, donde purgaron su falta á fuerzas de lloriqueos, donosamente coreados por las risas de los guardias.

LA RAYITA HONDA

LA RAYITA HONDA

Los chaveas de mi tierra tienen en sus costumbres y en su idiosincrasia tales rasgos característicos, tantos detalles que ofrecen, al colorista muchas ocasiones en que manchar una acuarela donde la nota típica tiene que abultar, pese á la ineptitud del artista.

Muchachos, como tales volubles en sus gustos, no dejan por eso de cultivar la tradición y no parece sino que unos á otros se van confiando la guarda y sostenimiento del carácter histórico, para que el observador encuentre siempre la misma resultante.

La rayita honda es un juego barato y al alcance del momento; tiene su tablero en la acera de la calle y su ficha en las piedras que suelen hallarse esparcidas por la vía.

Seis losas bastan para constituir el tablero; llá-

mase la primera *escalón*, la segunda *pan-blando*, *pan-duro* la tercera, *descansadera* la cuarta, la quinta *regaña* y la sexta *copo*.

Abalorio es un muchacho muy listo, Juanillo no le va en zaga y el Pato... tiene su base muy bien sentada; de modo que un partido del dicho juego, que no es sino la *coxcojilla*, vale la pena de ser observado, si el célebre triunvirato de chaveas toma parte en su desempeño.

Empieza el Pato arrojando la piedrecilla plana y redonda al escalón; (primera losa) entra en cojetas y dando á la piedra un puntapiés la echa fuera del cuadrado; arroja luego la china al pan-blando y vuelta á andar sobre la losa con un solo pié: tírala de seguida sobre el pan-duro y la descansadera: en esta última puede poner ambos pies y tomar un instante de respiro, pero al arrojar la piedrecita con dirección á la regaña se queda detenida en la línea divisoria de las locetas y el *Pato* pierde su juego.

Juanillo sigue al infortunado muchacho y... ¡que si quieres! también él tiene el mal tino de lanzar la china sobre una división de losas.

Hasta que Abalorio, con más suerte y más destreza pasa de un cuadro á otro y logra concluir en el copo, desde donde empieza á empujar la piedra hacia atrás para que salga por el escalón, sin tropiezo en las ranuras.

Falta aún la operación complementaria: el juga-

dor se tapa la cara con la mugrienta gorrilla y, enteramente á ciegas, pasa del escalón á la otra, y de la otra á la siguiente, y de la siguiente á la sucesiva; y ¡pero ay de él como pise la línea divisoria de los cuadrados!

Por fin termina Abalorio su ejercicio con el éxito deseado y... aquí fué troya.

«Ea, dame un céntimo;» dice el vencedor dirigiéndose á sus contrincantes.

«Que te lo dé este;» responde el Pato con cierto descaro.

«¿Yo?... ¡Ay qué mare! Que se lo dé su agüela! Cha, pos nó eres tú mú payo!»

El Abalorio se amostaza un poco y dice:

«Vamo á vé, ¿sus quereis dejá de pamprina? Echá ya las mota»

Resístense al desembolso los dos chaveas y declaran por último que no pagan.

Pero el Abalorio, que no es rana, quiere cobrar á todo trance y fingiendo que pinta una cruz en la pared, con el dedo índice, exclama:

«Por esta, que sus voy á partir la cara como no me dei er céntimo.»

Los amenazados responden con una carcajada burlona que exaspera al provocativo chaval; este se adelanta hacia Juanillo y cogiéndole por las deterioradas solapas le dice:

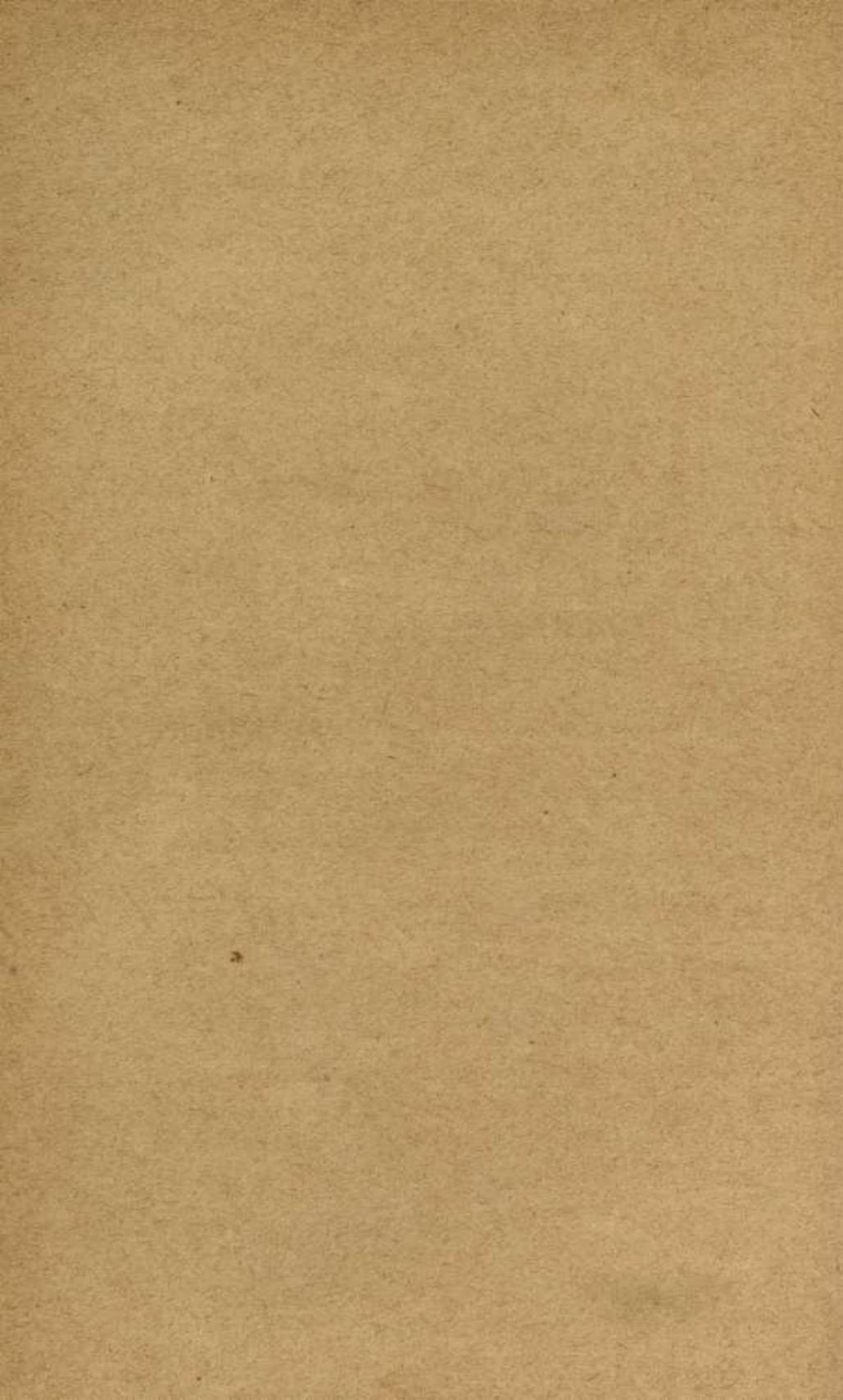
«¿Que no me vas tú á pagar?... Te parto la cara.»

Juanillo se echa para atrás y se inclina al suelo

para coger un rebollo; hace otro tanto Abalorillo y cuando ya ambos contendientes tienen piedra se acercan y se vuelven á agarrar por las solapillas con la mano izquierda, mientras levantan la armada diestra en actitud amenazadora. Se miran fijamente como pretendiendo exterminarse con los rayos de los ojos; maldicen de nuevo á la madre respectiva; se tiran la gorrilla sobre la nuca; el Abalorio escupe por el colmillo; Juan mira á su adversario de arriba á abajo; y cuando más poseidos se hallan los contendientes de su papel ridículo, cuando ya están á punto de trocar aquellos provocativos preludeos en una verdadera tempestad de mojicones, aparece por la calle un hombre de pelo en pecho que acogota de lo lindo á los combatientes, haciéndoles huir en dirección opuesta.

Entonces el Pato, que estuvo presenciando toda la escena, se pone una mano sobre el cerebro, la sube hasta hacer que la gorrilla se levante y se incline hacia las cejas, ráscase el cuero cabelludo y como preocupado empieza á caminar calle arriba, no sin asustar á los gatos que se encuentra á su paso ni sin recordar con cierto miedo los bofetones del pacificador.

EL HIJO DEL TANO



EL HIJO DEL TANO

Se agrupó mucha gente, mucha; que tanto causa el bullicio una fiesta como un acontecimiento triste.

Y él, Tano, estaba allí, tendido sobre el pavimento de la calle, pálido, inerte; teniendo por sudario la burda camiseta de azul marino, horriblemente pintada por la sangre que formaba una charca bajo el cuerpo.

Los curiosos hacían esfuerzos por agrandar su talla, con el fin de ver más á las claras el tristísimo cuadro, por encima de las cabezas que se agitaban en primera fila; y los guardias civiles, graves y sembrando el temor, amenazaban con sus fusiles á los hombres y mujeres que iban, poco á poco, estrechando el círculo formado en derredor de la víctima.

De pronto se oyeron lastimeros quejidos, llori-

queos, inspirados por aguda pena, sollozos que sonaban como rugir de leona. Separáronse, como por arte mágico, algunos espectadores y dejaron calle á una mujer que caminaba con paso acelerado y forjando los gritos de dolor que dieron aviso de su proximidad. Entró en el lugar de la escena, miró al cadáver, alzó luego los ojos arriba, mesó sus cabellos negros y arrojándose sobre el muerto, le besó, le estrechó, llamóle con los nombres más dulces y en aquel arrebatado de pasión y de dolores, de energía y de ternura, tuvo alientos para retar al que fuese el matador de su esposo, recorriendo con mirada de loca el ruedo de personas y apretando los puños con varonil firmeza.

Los guardias arrancaron de allí á la pobre viuda, que tenazmente pretendía continuar al lado del cuerpo yacente.

Todas las mujeres del barrio lloraban á lágrima viva, mientras los hombres reprimían sus lágrimas, por no parecer doncellucas.

Vino el juzgado, buscóse al agresor, al valiente, al temible *Borreguero*, autor de fechorías análogas mal purgadas en correccionales donde vivía muy á su gusto.

¿Y sabeis por qué fué todo ello? Por una pícaro palabra que se le escapó al desdichado *Tano*, á tiempo de ajustar cuentas con el *Borreguero*. Este trataba de animar el *ascua á la sardina*, como se dice vulgarmente y como puede decirse aquí con

propiedad, por que las cuentas procedían de la venta de unas arrobas de sardinas que había comprado el *Tano* á su matador. Hubo de decirle, durante el regateo, que era muy *payo*, frase que no se entiende en su verdadero sentido por ciertas gentes, sino que significa *logrerismo*, ó arte de quedarse uno con más de lo que le pertenece. Y le cayó tan hondo aquello al invulnerable *Borreguero* que se quedó dando vueltas y vueltas en el caletre á aquella palabra maldita, y decidió lavar la ofensa inmediatamente.

Buscó al *Tano*, previa libación de mosto alcoholizado, le dijo que tenía que hablarle, se lo llevó poco más arriba y empeñóse en convidarle á vino.

El *Tano* conoció en los ojos del *Borreguero* el volcan que le ardía en el cerebro y siendo más prudente que cobarde, trató de evadir el compromiso.

¡Pero esta fué la mejor ocasión para el amostazado!

—Es verdad—le dijo. El vino es para los hombres.

—¿Y qué?... preguntó el *Tano* con alguna inquietud.

—Que tú, ni eres hombre ni ná.

Enseguida metió mano en la faja y sacó un cuchillo envainado en funda de hojalata, cuya funda arrojó lejos de sí con presteza. Retrocedió, entonces el *Tano* y palideciendo de ira armóse también de faca con mano segura.

¡Si apenas se apercibió la gente de aquello! ¡Si fué topar los contendientes, vacilar y caer el *Tano*, huir el *Borreguero*, todo en un brevísimo espacio de tiempo!...

II.

El pobrecito Rafael, el hijo del *Tano* tenía, cuando eso, nueve años y medio. ¡Pobrecito niño! Y tan juiciosito! Trabajaba en la fábrica de D. Carlos, ya saben ustedes quién es D. Carlos, el Marqués de Guadiaro, *malagueño de corazón* que hace cuanto le es dado por la tierra en que vive.

Las malas noticias corren con la rapidéz de la chispa eléctrica; si nó tanto, con una velocidad extraordinaria. Y hay quien revienta—según la expresión vulgar,—por soltar una mala nueva al que le ha de hacer más daño.

Por eso el pobrecito Rafael supo enseguida que habian matado á su padre.

En el primer momento le pareció aquella noticia una terrible broma de quien se la daba. Sintió como si una mano de nieve le agarrara el corazón para detener sus palpitations; luego tembló convulsamente, castañeteó su dentadura y no pudo llorar; no pudo más que gritar como un ser falto de lágrimas y falto de expresión. Paralizóse un poco el trabajo, hubo quien trajo un jarro de agua al angelito, el cual salió despues de la fábrica dirigiéndose á su casa en vertiginosa carrera.

A todo esto no se sabía dónde andaba el crimi-

nal; se agitaba la policía registrando todas las guardias sospechosas, pero... el infame Borreguero no parecía.

La viuda se multiplicó; fué á llorar delante de su excelencia el gobernador de la provincia, vió al juez, al fiscal y, en fin, dió tanta voltereta que logró sembrar fama de mujer enérgica y esposa amante.

Dicen que al *Borreguero* lograron aprehenderle en el camino de Fuengirola, á los tres dias de ocurrido el hecho; yo no sé si fué allí, lo que sé es que le echaron mano y que le metieron en la cárcel, y que compareció luego ante la Audiencia y que fué sentenciado, como correspondía al delito y á la reincidencia.

¡Pero este fué el desconsuelo de la mujer del *Tano*! Por que es lo que decia la pobre: «el Borreguero es hombre jóven, podrá cumplir la pena, volverá de presidio... ¡y ella iba á ver de nuevo pasearse libremente al que le había robado una existencia tan querida!

Hubo, sin embargo, que conformarse, pero la mujer del *Tano* no dió nunca pruebas de conformidad. Era una mujer tenaz en sus sentimientos, y no podía olvidar su desgracia á pesar de que el tiempo trataba de aminorarle la pena.

Hablaba frecuentemente del horrendo crimen, refrescando en su memoria, y en la de Rafaelito que la escuchaba atónito, los detalles sangrientos de la escena. Hacía patente la impunidad del Borregue-

ro, demostrando que los presidios son para ciertos hombres brevísimo castigo, y dedujo que el hecho cometido por el homicida quedaba, según su leal entender, sin corrección alguna.

—¡Ya no verás más á tu padre, hijo de mi alma; decía la esposa del *Tano*. Pero en cambio verás por las calles al miserable que nos dejó sin él!

Esta idea cayó en lo profundo del corazón de Rafaelito, y caviló mucho con ella y soñó eternamente hasta adquirir una convicción que profesó de lleno.

III.

El tiempo rodó mil veces su áureo carro por el mundo; creció Rafael hasta convertirse en un hombre formal y grave; la viuda envejeció pronto, al influjo de una pena y una preocupación constantes.

Cumplió el *Borreguero* la corrección impuesta y volvió á su tierra rechoncho y poco arrepentido. Divirtió su libertad con vino y visitó á sus antiguos compadres haciendo alardes, aún de su perjudicial guapería.

María, la esposa desdichada del *Tano*, ignoraba el temido regreso; pero Rafael lo sabía y andaba sombrío y preocupado.

Una noche venía por el puente con dirección á su casa; volvía de hablar con una mujer hermosa que endulzaba sus penas con un amor puro y desinteresado.

En dirección opuesta caminaban tres hombres

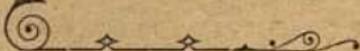
cogidos del brazo, con paso inseguro, cual síntoma de una embriaguez deplorable.

Los tres cerraron el paso á Rafael, cubriendo de parte á parte, con sus cuerpos, uno de los dos caminos que hay formados en el puente con destino á los transeúntes.

Atribuyó, Rafael, aquella broma á impertinencias de borracho, é intentó eludir toda cuestión, olvidando los insultos que profería con más descaro que los otros beodos, el que iba en el centro. Pero fijándose enseguida en la faz del hombre provocativo y reconociéndole á la luz vacilante del farol inmediato, sintió afluir toda su sangre á la cabeza, recordó á su padre y lleno de santo ardor de venganza clavó su cuchillo en el corazón de aquel infame y huyendo, con el arma ensangrentada en la mano, se entregó por sí mismo á la autoridad que oprimió fuertemente sus brazos con ásperas cuerdas que anudaron rudos agentes.

VÍSPERA DE SAN JUAN

VÍSPERA DE SAN JUAN



«Quien guarda halla.»

¿Habrá mucha gente que no siga esta máxima al pié de la letra, por lo menos un mes antes de que llegue Junio?

¡Cualquier día tira al carro de la basura, la seña Manuela, un rollo de esteras y felpudos viejos, asílo de inmundas cucarachas!

¡Por cualquier cosa daría ella una silla desvencijada y la tarima de un bracero, hecha tres mil pedazos!

Todo eso lo guarda para que los *chavcas* le prendan fuego en la calle, en la víspera del día de San Juan Bautista.

Son innumerables los coleccionadorer de chismes y trastos, en los días inmediatos á la gran noche. De modo que al llegar esta con su imprescindible y grato reinado de luna hermosa y comitiva

de estrellas, las calles son infiernos, por las hogueras y la gueneral algazara.

Puede asegurarse que las piras se suceden con un intervalo de siete ú ocho metros (en ciertas calles así ocurre;) por lo cual, si se busca un lugar elevado desde donde contemplar á Málaga, en esa noche, se vé convertida en caldera del celeberrimo Pedro Botero.

Todo el iniciador de una candelada, cifra su entusiasmo y reduce sus aspiraciones, á hacerla lo más considerable posible: así pues, junto á la hoguera de *quiero y no puedo*, se vé cual sube y se agiganta la rica en elementos. En término de las bullidoras llamas, parece un plumero infernal, ondulante y provocativo contra los cielos, á donde parece dirigir sus avances.

Con mayor habilidad que la que demuestran célebres diestros en el arte de saltar con garrocha, hay algunos de nuestros primeros granujas que, tomando vuelo en carrera vertiginosa, cogiendo la vara de un cortinon cerca de la superior extremidad, y apoyando la inferior en el empedrado salta victorioso, sin temor á chamuzcones, por encima del flamígero penacho, cayendo al oiro lado de la hoguera entre vtores, y produciendo emulación.

Y la puerta de la casa, ante la que se convierten en rojos tizones los despojos de inservibles objetos, fórmase cerro de mozuelas y jóvenes del barrio. Alguno toca la guitarra, alguna canta lo siguiente:

Lo que en el fuego se quema
ya no puede servir más;
mi corazón está ardiendo
y al fin se consumirá.

Mientras la muchacha ha cantado la copla, las flores sujetas en su coco, como estaban prendidas con todo el tallo, hánse estado moviendo á compás.

Con la voz fresca, pero un tantico robusta, contesta un mocito esto:

Si tu corazón se quema,
ajúntalo con el mio,
y se formará una llama
como ninguno habrá visto.

En cierta hora, ya no se vé más que un monte de cenizas humeantes, donde la flama se alzó potente. Sobre esa ceniza se levantará nuevamente la llama, como fenix, en el día de San Pedro.

La fiesta no concluye. Cada vez toma aliciente más grande, porque la proximidad de la hora en que ha de verificarse cierta excursión, anima sobre manera á las personas del corro.

¿A donde van?

Yo se lo diré á ustedes: á las doce han de estar junto al pilar de una fuente pública

Ya se levantan. La algazara crece. Los mocitos se acercan á las muchachas. Cada tórtolo con su tórtola.

Las severas mamás, con el mantoncillo al des-

gaire, el pañuelo mal atado, como en noche de temperatura calurosa, marchan detrás como guardianes.

Allá vá el numeroso grupo.

Calle abajo, vienen dos jóvenes riendo á carcajada mal contenida. Uno de ellos, con un ademán, hace que otro joven de los que van en el grupo, se le acerque.

—¡Todo está listo!—dice en voz baja y sonriendo maliciosamente.

—¡Choca esos cinco!—le dice el que subía, dando así muestras de aprobación.

Los dos muchachos que venían se incorporan al grupo, apenas terminados los secretos, y siguen en compañía de los demás, riendo y lanzando de vez en cuando frases tan picarezcas como llenas de misterio.

—¡Allí está la fuente de la Triniá!—dice una mozuela bajita y con el pelo más negro que el carbón.

La distancia se gana, por que todos deciden agitar sus cuerpos en una alegre carrera. Las mamás sisean y llaman con imperiosa voz. Pero todo el mundo está sordo para lo desagradable.

¡Por fin se hallan ante la fuente!

Las aguas del ancho pilón se mueven, como en alegre danza. Los chorros de agua cantan un alegre coro, formando las notas graves su choque con la superficie del líquido que llena el pilar.

Las graníticas cabezas de león, por cuyas bocas salen los caños, parece que ensanchan sus fauces para que el agua caiga en mayor cantidad y se aumente el concierto.

Creer las mujeres de los malagueños barrios, que las que introduzcan la cabeza en el agua volverán al año siguiente casadas.

Todas tienen deseos de inaugurar la serie de baños, pero ninguna se atreve á hacerlo.

La muchacha del pelo negro rompe filas; se aproxima al continente y mira al contenido.

—¡Anda, anda!—dicen las demás.

Los mozuelos que encontraron al grupo cuando subía, rien con disonante carcajada y se tocan con el codo repetidamente.

—¡A la una, á las dos y á las tres!—Así dice la valiente muchacha, y añade:

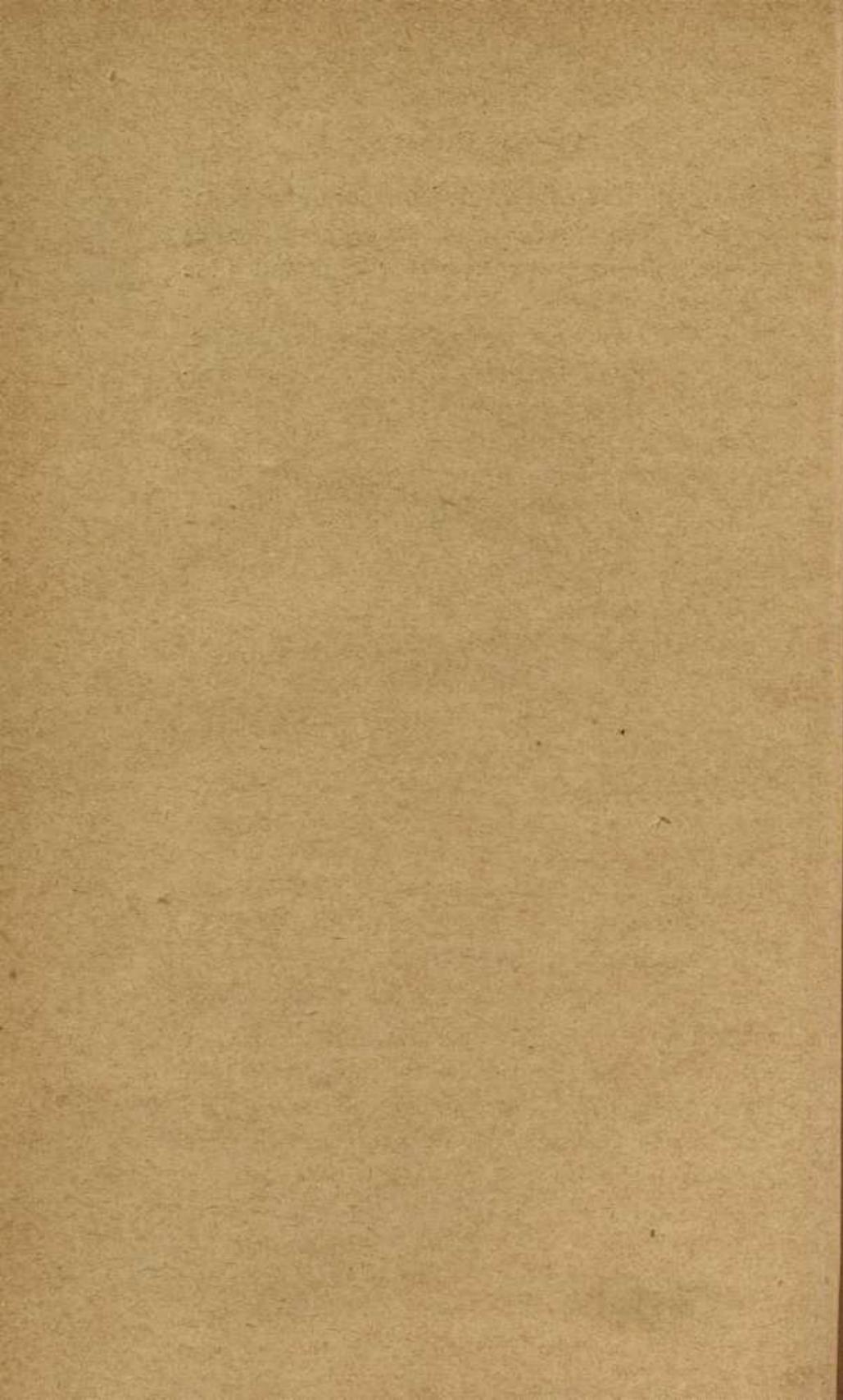
«Por San Pedro por San Juan,
que el año que viene
yo venga *casá.*»

Sumerge luego con prontitud la cabeza.

Los jóvenes de la carcajada aumentan su mal disimulada risa.

Habían echado humo de pez en el agua; como este producto no se diluye fácilmente, he aquí por qué la valiente muchacha resulta con la faz teñida en negro, excitando la hilaridad y siendo víctima de una broma descortés que inspiró á sus autores una *negra* intención.





CONJUNCIÓN
(NOVELA CORTA)

CONJUNCIÓN

Una..., dos..., tres..., cuatro.... ¡Qué madrugada, Santo Dios; parecía que las horas se quedaban dormidas, que no marchaban con su regularidad acostumbrada. ¡Toda una noche despierta, sin sentir modorra, sin perder campanada del maldito cronómetro!...

Pero ¿cómo iba á dormir la pobre Juanita, cómo iba á reposar descuidadamente, cuando tan grande cuidado la aguijaba?

Faltaban dos horas todavía; por que aun cuando el casorio estaba señalado para las siete, tenía Juanita que dejar la cama con una hora de antelación, para emperifollarse con todas aquellas galas procedentes del *Printemps* parisien, para clavarse los mil y quinientos alfileres que había de repartir á sus íntimas amigas, una vez acabada la ceremonia nupcial.

Se le metió tal nube de pensamientos en la mente, á la bella señorita, que no pudo desecharla en toda la noche. ¡Y qué imaginación la suya! ¡Cómo reproducía los hechos ya verificados, enlazándolos con los sucesos que podrian ocurrir en lo futuro!

Ya se veía ataviada con el vestido blanco, encubierta con el transparente tul y ceñida con la artística corona, cuyo simbolismo conocía de medio á medio. Soñaba despierta, que ya había dado su mano á Carlos y que el sacerdote les había anudado para *in eternum*. Después columbraba misteriosas delicias del hogar: ella iba y venía con aire de magestad por los corredores de su casa, disponiendo para que obedecieran los criados, deseando para que su Carlos la satisficiera. Porque eso sí; Carlos le había dicho muchísimas veces que ella sería la reina absolutísima, que ella haría y desharía, que... otras muchas cosas tan buenas como esas: y, es claro, su mente estaba constantemente halagada por tan gratas ilusiones, y veía el misterioso espectáculo de su porvenir tras un velo color celeste, que es el color del firmamento.

Las cinco. Ya debía echar al suelo sus piés. ¿A ver?.. ¡Qué demonio! Si aún era de noche. En el mes de Diciembre ¿quién cuenta con ver reflejos de aurora á las cinco de la mañana? Tal decepción, como tambien un repeluznillo que le acarició toda la espalda, hizo que Juanita se lanzase de nuevo al lecho y que arrojara su cuerpo delicado. Había

que esperar aún. Y vuelta á las vueltas del cacumen, á pensar de nuevo en lo mismo, á perderse por los laberintos de las conjeturas, pero de las conjeturas risueñas, sin pizca de crespones que las velaran de manera sombría.

Otra vez aparecía la iglesia, otra vez los convidados, luego el apasionado amante que la miraba con los ojos llenos de afición, reflejadores de un amor intenso; despues... muchas cosas más, cosas que ya traían alguna turbación á sus ideas y que hubieran proporcionando rubores á sus mejillas, á haber parado mientes en tales detalles delante de personas que la observarán.

¡Por fin, gracias á Dios! Sonaron dos golpecitos en la puerta de la alcoba, acompañados de una voz que preguntaba y seguidos de otra voz que respondía desde el interior del cuarto. Luego abrióse la puerta al empuje de la persona que había llamado, y las hojas al plegarse arrastraron la silla que había sido colocada por dentro. Entraron los reflejos de la luz que D.^a Angustias traía en la mano; despues entró la propia señora.

—Vamos, niña. ¿Estabas despierta?

—¡Digo! Si apenas he dormido.

—¡Vaya por el amor de Dios! Pues, ea, empieza á vestirme, que ya pronto vendrán las niñas de Amaro para ayudarte.

Saltó, prontamente, del lecho la insomne Juana; persignóse y comenzó á vestirse con las vis-

tosas prendas que formaban parte de su equipo de novia. En tanto, protestaba del frío que se dejaba sentir.

—¡Pues hija, si hace una mañana de primavera!...

Pero es que Juanita sentía el frío natural que le proporcionaba su situación, verdaderamente excepcional; por que los momentos que anteceden á un acto trascendental de nuestra vida son, comunmente, fecundos en alteraciones del cuerpo al par que del espíritu.

Salió del cuarto D.^a Angustias, dejando encendida la bujía que figuraba sobre la mesa de noche; á poco aparecieron por corredores y antesalas las domésticas, restregándose los párpados y abriendo la boca como para dejar escape al espíritu del sueño, que en ellas encontró guarida misteriosa.

Llegaron las niñas de Amaro, Julia, Amparito y Espíritu Santo, vecinas fronterizas de Juana, solteras las dos que nombré primero y casada la Espíritu, casada de hacía dos años. A su marido no había carreta ni carreton que le levantase á tales horas. El gustaba más, según rezaba la Espíritu, con estar tumbado á la bartola, alegando que tenía un dolor de cabeza horroroso y ofreciendo hacer lo posible por presentarse oportunamente en la iglesia. Todo esto lo hablaba con cierta ironía Espíritu Santo; y como ella firmísimamente creía que su esposo fingía la dolencia, no quería privarse de lo

que su cónyuge se privaba. «Nada, allá él-decía.— Nosotras debemos dejarles que hagan lo que quieran: pero ¿encadenarnos á sus manias y á sus rarezas?... ¡Quiá! ¡Tonta la que tal haga!»

D.^a Angustias decíale entonces: «Qué locura, muchacha. Apuesto doble contra sencillo á que no sientes lo que dices. Con seguridad que tú no desees sino hacer lo que quiera tu maridito de tu alma. Eso, eso es lo que debe hacer toda muger casada, y eso es lo que yo le predicaré por los siglos de los siglos á mi Juanita.»

Retiróse D.^a Angustias á su dormitorio, que se hallaba situado junto á la antesala donde entraron las niñas de Amaro; fué á vestir de gala, cual á la madre de la novia correspondía, é invitó á las jóvenes visitantes á que buscasen á Juana en su habitación.

Acudieron presurosas las tres hermanas al lugar designado, mientras volvía la espalda D.^a Angustias en dirección á su cercana alcoba.

Y ahora que caigo: cometida, como cometí, una falta subsanable por cierto, voy á presentar á quien lee á las señoras y señoritas que han desfilado por estas breves páginas. Lo haré en esbozo, ya que en el curso de la obra puede el novelador ir retocando las figuras para no causar una monotonía de cien diablos concluyéndolas de un tirón.

Juana: tenía veinte y un años, era delgada, be-

ltsima, con ojos negros como la noche y misteriosos en sus reflejos.

D.^a Angustias: ¡oh! la señora era una bendición de Su Magestad Divina. Buen cuerpo, algo obeso, sendo rodete, que á cien leguas trascendía á postizo; edad, cincuenta y nueve años, según me dijo un coetáneo suyo; pero la señora decía que aún no pasaba de los cuarenta y tres. ¡Pero qué carácter!... Más dulce que la miel de abejas, más condescendiente que todo lo que se diga. Era viuda, sí: Don Marcelino Forcada murió cuando apenas contaba Juanita catorce primaveras.

Espiritu Santo no era una jóven espiritual, porque la ley de los contratos no lo había permitido. Se llamaba Espiritu y era todo en ella marcado positivismo. Casó hacia muchos meses y unos días, pero hubo quien dijo que se casaba por capricho, sin meditar el paso trascendentalísimo que daba. Creyó amar á su novio, pero aunque no caía en la cuenta de ello, iba dando á entender ya que se había equivocado. Y no era eso, no señor, yo estoy enterado de todo; no era que Espiritu había errado, era que Espiritu no era capaz de querer á nadie, y ya se iba hartando de tanto «maridito, ¿voy...? maridito ¿vengo?... ¿quieres que haga esto?...» Ella no había tenido nunca rey ni Roque, porque sus padres más que mandar en ella, lo que hicieron siempre fué acatar por entero sus continuados caprichos. ¡Como que sobre Espiritu había recaído, la predi-

lección de aquellos papás tan consentidores!..

Julia y Amparito pensaban mejor que su hermana mayor, pero no tenían novio, la una por que era fama que no gustaba mucho de galanteos y era la jóven que disfruta con los noviazgos y casamientos de sus amigas, mas para si no los desea, ya por tener un alma que desmiente la eficacia del sol meridional, ya por cálculos de egoismo.

Amparo no era de esas, no: regañaba de hora en hora con su hermanita, combatiendo el indiferentismo en cuestiones de amor. Ella declaraba con franqueza, rayana en el escándalo, que deseaba casarse y que no comprendía la felicidad con la doncellez.

Es claro, como los papás de semejantes muchachas, no se habian cuidado de formar sus corazones con enseñanzas y prácticas saludables, cada una de aquellas tenía desarrollados sus sentimientos en la medida que se lo permitía su instinto, y he aquí la resultante del abandono. Las niñas de Amaro tenían idea de lo bueno y de lo malo, segun lo que cada una habia podido aprender por cuenta propia.

Dicho todo esto, con perdon de la paciencia del lector, siga la narración su curso natural.

Fué llegando más gente á la casa, sin faltar los padrinos, que iban ataviados con elegancia. Don Fermia Laserna y su señora, él ex-comandante de artillería y ella ex-comandanta, como podrán ueste-

des suponer. De manera que poco á poco se fué convirtiendo la casa en una jaula de locos, porque las diferentes personas que allí habia esperando á que sonara la hora de marchar hacia la Iglesia, charlaban como dicen por ahí-hasta por los codos.

¡Catambal.. Allí estaba tambien el novio, Carlos Lizarde, luciendo su irreprochable frac, su menudita corbata blanca y la reluciente pechera del camison. Hacíanle corro los más, tomándole por el héroe de la fiesta, y le hablaban todos de su felicidad próxima con tanto encomio que se abria de par en par al apetito de casarse.

Carlos presentaba una palidez mate, sobre la cual resaltaban dos ojeras un tanto violáceas.

Sin embargo, cualquiera de las personas que vieron al novio hubiera dicho sin reparos que Carlos poseía una fisonomía en extremo agradable y que el rasgo característico de su persona no era otro que la distinción.

Sin ser demasiado alto, Carlos tenía buena estatura; presentaba debajo de la aguileña nariz un bigote retorcido con coquetería de varon; miraba por los cristales de unos ojos negros, y algo rasgados, sombreados por pestañas largas; y su porte revelaba en fin, que si se trataba de un jóven de veinte y ocho años, nó por eso habíale faltado tiempo para conocer los secretos del tratado de gentes.

Pero... (y aquí entra la conjunción adversativa, que no es por cierto la *Conjunción* de mi historia)

además de todas las lindezas con que aquí se aparece Carlitos, tenía la tacha de ser un rematado calavera, aunque un tanto solapado; de ahí que en casa de su novia no se hubieran oído más que leves rumores acerca de su conducta, y estos habíalos él disipado tan hábilmente que apenas quedó reminiscencia del eco.

¡Ah, hipócrita de siete suelas, qué bien ocultaba sus fechorías! El esposo de Espíritu, Ricardo, sabía desde el principio hasta el fin, con puntos y comas, la vida y milagros de Carlos; él fué, precisamente quien dió la señal de alarma á la buena D.^a Angustias; pero cuando observó que el calavera, por medio de sus artes, habíase sincerado convenientemente, haciendo de modo que se arraigara su buena fama en el seno de aquella honrada familia, juró para sus adentros que no había de meterse nuevamente en camisas de once varas, librándose así de que le tomasen por un correveidile.

Un murmullo, semejante al que produce la arboleda cuando la agita el viento, demostró que los concurrentes á la casa de D.^a Angustias se veían asaltados por repentina expectación. Era que se acercaba la novia, ya dispuesta para la ceremonia, acompañada de sus amiguitas que le recogían la cola, ó le arreglaban un cogido ó le corregían la inclinación de los azahares del tocado.

Cuando entró Juanita en la sala, presentóse ruborosa, saludando afablemente, mientras se ponía

los blanquísimos guantes que, como nuevecitos, estaban un poco premiosos.

—Trae, te los abrocharé; decía Espíritu Santo soltando el abanico sobre un sillón, para que sus manos quedaran libres.

Aproximóse Carlos, á quien miró de hito en hito su dulce prometida.

—¿Cómo has pasado la noche?..

—Quite V. majadero-arguyó inmediatamente Espíritu. ¿Cómo quiere Vd. que la haya pasado?.. Despierta, pensando en lo que puede ser de ella. ¡Tontas de nosotras!..

—¡Qué buen humor tiene Vd. siempre!—dijo Carlitos.—No parece sino que le vá pésimamente en su matrimonio. ¡Y eso que hace poco tiempo!

—Ya vé Vd. Pues lo mismo han de decir todas. ¡Ay! Ya verás, hija, ya verás—añadió dirigiéndose á Juanita que ya le había presentado una mano para que le abrochara la cabritilla.—Ya verás lo que son estos. Al principio mucho mimo, muchas consideraciones, pero luego ¡que si quieres! ¡Malditos de cocer!.. Y, así diciendo, empleó tanta fuerza en abrochar uno de los botones, que inconscientemente pellizcó á Juanita.

—¡Ay! ¡Vaya por Dios muger, no pagues conmigo tu mal humor!

—¿Te he tirado un pellizco?... Pues hija aguántate.

—Señores, que es tarde;—objetó el padrino

mirando con fijeza el grande reloj de oro que llenaba su bolsillo.

Ea; dijo con aire de resolución D.^a Angustias entrando en la sala, ya revestida de pontifical.

Fueron bajando todos, en alegre bullicio, los caballeros ofreciendo su brazo á las señoras, Carlos llevando á su cuasisuegra, y las criadas detrás comentando en voz baja la hermosura de la novia y la riqueza de sus vestidos.

Ya estaban los carruajes dispuestos. Fuéronse llenando de personas y comenzaron á rodar en dirección á la parroquia de San Justo.

Hubo gran contingente de curiosos, que se divertieron mirando el desfile y haciendo las más peregrinas observaciones acerca de aquello que veían.

II.

Las palmas se enroscaban sobre el arco y los matajos culebreaban por las columnas de la capilla, encubriendo los relieves y las ménsulas. Algunas florecillas salpicadas por entre las verdes matas rompian el color monótono de las hierbas, prestando abigarrado conjunto á aquel rústico marco que recortaba el fondo donde figuraban altar y retablo.

Cubria el ara un blanquísimo paño de hilo con encajes vaporosos, amen de candelabros nikelados que sustentaban arandelas matizadas.

Vefase en el camarín la efigie sagrada del Santo Patriarca, sosteniendo al niño Jesucristo y empuñando la florida vara de azucenas símbolo de supereza. Todo ello alumbrado con cirios de buen calibre preparado al estilo de las grandes solemnidades. Hasta los angelotes que, á derecha é izquierda del arco sostenian con brazo musculoso dos pesadas arañas de metal é irizados cristales, parecían más

esforzados en este día, por no haber cubillo sin su vela correspondiente, lo cual aumentaba el peso ordinario.

El sacristan, Pascual *el largo*, era hombre primorosisimo, como aprendiz de monjas santiaguistas, y en un decir amen Jesús volvía al revés la iglesia de San Justo y colgaba las paredes y alfombraba el crucero, haciendo todas estas operaciones con mayor ó menor eficacia, según la cantidad que de antemano se le ofrecía.

Iba á celebrarse en el clásico templo una ceremonia religiosa con grande ostentación, y esta ceremonia-digámoslo ya-no era otra que el casamiento de Juanita y Carlos, organizado de aquella espléndida manera por el ya conocido Sr. Laserna, padrino que seguramente había de dejar memoria en los fastos de los padrinzagos.

Ya, ya habían llegado todos los personajes á la parroquia, sin faltar amigo ni amiga, pues hasta Ricardo de la Selva, el marido de Espíritu Santo Amaro, aquél á quien su esposa había tachado de dormilón, encontrábase en la casa del Señor, si bien podía comprenderse al simple golpe de vista, que no estaba allí de muy buena gana, por demostrar su rostro que alguna dolencia aquejaba al organismo.

Ricardo era un jóven de treinta años, alto, delgado, con barba negra y mirada sombría. El *carrik* que le abrigaba era la exigencia más reciente de

esa tiranuela que todos hemos convenido en llamar *última moda*.

¿Sabeis lo que sucedió cuando penetró Ricardo en la sacristía, lugar donde se hallaban todos los invitaduos?.. Acercóse á su mujer que allí charlaba y se distinguía entre las demás por su desenvoltura. Miróle ella con cierta fijeza y luego le endilgó por lo bajo esta pregunta: «¿Por fin has venido? Vamos, hombre; ya pudiste desechar la ruínera.» Brilló un relámpago en las pupilas de Ricardo, quien de ese único modo re pónó á la soflameria; apartóse de su esposa y continuó saludando á diestra y siniestra.

Acercóse á un ángulo de la espaciosa estancia donde, próximo á una cajonera de roble, en la cual se guardaban los sagrados ornamentos, hallábase apoyado un jóven elegante, Rafael Cosana, honra y prez de los caballeros más divertidos, hombre popularísimo por su costumbre de amar sobremanera, aunque en la forma y condiciones que saben hacerlo los señoritos, á las mugeres, al vino y á los naipes.

Apabulló, Ricardo, el clac que llevaba en una mano, acomodólo bajo el sobaco y tendiendo luego su diestra, melancólicamente, saludó al chico de Cosana que al fijarse en su amigo no tuvo reparo en decirle:

—¡Hombre, parece que estás muriéndotel!

—Si, en efecto; respondió suavemente Picar-

do.—Hé pasado una noche tristísima. Apenas hé dormido.

—Ya, ya;—alegó Cosana, como dando á entender que comprendía la intensidad del mal que aquejaba á su amigo. Y luego añadió: Quien no duerme no vive; es una frase elocuente, que yo y otros como yo podemos comprender en toda su rigurosa significación. Pues qué, ¿tú crees que no me siento desvanecer hoy?.. ¡Levantarme á las seis y media, habiéndome acostado á las dos y cuarto de la madrugada!. Verdad que yo estoy más fuerte que tú. Y eso que mi vida ha sido, es y será mucho más agitada que la tuya, pues lo que es tú casi puedes llamarte virtuoso, aunque no sea más que de segundo apellido; en cambio yo.., y nó solo yo, sino *ese*, debiéramos tener por nombre, apellidos y apodos la mayor parte de los pecados capitales que tan donosamente enumera el padre Ripalda.

Cuando Rafael aludió á otra persona, de las concurrentes á la sacristía, incluyéndola tambien en el padron de escandalizadores, donde él se hacía figurar el primero, extendió la vista Ricardo por os ángulos de la estancia, como para descubrir á la persona que señalaba Cosana, pero advirtiéndolo éste quiso aclarar y aclaró su alusión, diciendo: «Ese, Carlitos, el novio. ¡Pobrecita muchacha, infeliz Juanita; no sabes lo que te pescas! Mirale allí, mirale hablando tan formal con el rector de la pa-

iroquia; ese condenado es capaz de hacerse pasar por un santo, aun á los ojos del mejor entendedor. ¡Mira que es perito en materias de engaño! Yo soy alegre, nada se me dá de nada, pero afronto siempre la responsabilidad de mis actos; él es un hipócrita tan consumado, que inventa un embuste en el filo de una espada y lo forja tan á maravilla que cualquiera cae en el maldito lazo. ¿Tú lo ves con ese aire de santidad? Pues ayer visitó á su querida con la mayor *sans facon* del mundo, despidiéndose de ella hasta la vuelta del viaje de novios.

Aquella relación trajo á la mente de Ricardo un contraste entre las bondades que él prodigaba á Espiritu y los sinsabores que, indudablemente, había de proporcionar á Juana su marido. «Un hombre como Carlos-pensó-debía adjudicar la suerte á las mujeres irascibles y descontentadizas.»

El Señor rector, que efectivamente habia estado de conferencia secreta con Carlos Lizarde, apartóse de éste, llegó ante la cajonera tallada, no sin llamar antes á Pascual *el largo*, sacristan que muy bien pudiera haber trocado la sotana por la guerra del gastador.

Abrió Pascual, de un tiron, la gaveta, que al poner de relieve el interior regaló sus perfumes de cedro. Sacó el bueno del sacristán una capa pluvial de fondo blanco y bordado de oro, la cual se ciñó el párroco aparentando una unción de santo.

Entró á poco, en la sacristía un monaguillo chi-

quitin, que no cesaba de mirar á las caras de los hombres para ver si en sus rasgos podía leer la palabra *padrino*. El muchacho se acercó á Pascual y le manifestó que ya estaba encendido *todo*.

—Vamos; dijo el rector.—Y empezaron á desfilar los amigos y los padres y los novios y los padrinos, yendo detrás, con las manos unidas en señal de oración, el buen señor cura

Pascual dió al rector un librote, forrado de negra badana, lleno de registros multicolores, en el cual leyó el sacerdote la epístola celeberrima que empieza con las frases consabidas de «mirad, hermanos...»

¡Pobrecilla Juana! temblaba como las hojas de los rosales cuando las conmueve con su débil fuerza el aura que roba á la flor sus olores.

Carlos no; Carlos no temblaba: espíritu fuerte encerrado en aquella complexión raquítica, tenia valor para dominar todas las situaciones, sabiendo revelar siempre lo {que queria, fuese ó nó contrario á lo que pensaba.

Un detalle: en el ábside de la capilla interceptaban la luz unas cristaleras de colores que adulteraban los rayos del sol, tiñéndolos con los tonos del iris. Bajaban las ráfagas diagonales en cuyo seno bailaban los átomos el vals de la luz y la alegría, posandose sobre los novios, hasta bañarlos por entero y trocar las blancas tocas de la desposada en un

velo lleno de azul cobalto, vermellón-China, y amarillo-Nápoles.

Cuando los desposados se dieron las manos, siguiendo la indicación del oficiante, un color más se agregó á la paleta viviente que representaba Juana: fué este color, el carmin que brota de las mejillas de la virgen, tono cuya pureza tiene solo rival en las rosas bermejas y en las amapolas silvestres.

Terminó la ceremonia: empezaron entonces los plácemes, los abrazos, los lloriqueos y los desahogos de Espíritu Santo. «Anda,-decia esta á una amiga que se hallaba á su lado-ya le ha pasado lo que á las moscas con el pastel de la fábula: presa de patas. Dios la haga feliz, Dios la haga.»

Agolpóse la concurrencia en derredor de los esposos, disputándose el honor de saludarlos en el acto. Fueron evacuando el templo poquito á poco, no sin que el bueno D. Fermin Laserna se viera abatido por los pedigüeños acólitos, que no querian soltar la levita del ex-comandante bonachón.

Tambien Pascual *el largo* se acercó al padrino, en demanda de alguna moneda, cuya petición hizo indirectamente, cual correspondía á un hombre de su prosapia, relativamente elevada sobre la de monagos y seises.....

Y, nada, no pararon hasta que Laserna sudó la mosca, que no era poco sudar en el mes de Diciembre.

Salieron todos, por fin; y cuando quedaron apagadas las luces del templo, éste permaneció envuelto en la penumbra, sobre la cual resaltaba más que antes el rayo solar bañando la capilla del Patriarca bendito. Seguían los átomos bailando entre ráfagas azules y carminosas, y las flores que perfumaban el arco de hierbas comenzaban á marchitarse cual si las llenaran de envidia los colores vaporosos de aquel remedo del iris...

III.

No me pregunten por Espiritu Santo, por que me pondrán en el caso de declarar *in continentí* que seguía, libérrima en su manera de pensar, indiscreta en su modo de proceder y consecuente en el tema de regañar con su esposo, viniera ó no viniera al caso.

Pero así como los dias de calma y de sol, constituyen el agradable intervalo de los en que se desarrolla furiosa tempestad, así tambien brillaba el luminar de la alegría, en alguna ocasión, dentro del hogar que habían erigido Ricardo y Espiritu.

El dia en que esto decimos, se encuentra la casa de las Amaro concurridísima por amigos procedentes de los dos sexos, hay convite en celebridad de un aniversario del natalicio de Espiritu, y allí nó faltan las de Urriola, ni las de Lopez-Valen, ni tampoco la vecinita, Juana, señora *seria* ya, como de estado respetable.

Carlos Lizarde nó se veía por ningun ángulo de las estancias; y era que el caballero había tenido mucho que hacer y no parecia apresurarse en despachar pronto sus ocupaciones.

Juanita decía, con cierta tristeza, adornada de su correspondiente suspiro, que Carlos estaba á aquellas horas de Dios conferenciando con un letrado notable, acerca de la solución de un negocio hereditario, en el cual algunos herederos se hallaban defendidos por Lizarde.

Y si era ó nó era verdad, ya lo sabremos más adelante, pues por el pronto no nos es dado formar duda sobre tal cosa, ya que siendo jurisconsulto el esposo de Juana, nada tenía de particular que anduviera de consultas, á pesar de que la hora (siete de la noche) no era del todo apropiada.

Veamos la cara de Ricardo de la Selva, cuando dice Juanita lo que antes hemos apuntado: ¿á ver?... sonrie maliciosamente ¡bah! sus motivos tendrá para formular tal aire de desconfianza.

En cuanto á Espiritu, no hagamos caso de lo que dice, por que en ella no hay noción alguna para fundar tales aseveraciones; atribuye, por sistema, una pérfida intención á Carlitos y aunque no se atreve á determinarla, por que ya seria escandaloso el hecho, pretende sembrar la duda en el pecho de la cándida Juana, á cuyo efecto dice frunciendo la boca: «¡Sabe Dios dónde andará tu marido!»

—¡Anda, mujer!-replicó con tono de semi disgusto la esposa de Lizarde.

—Sí, como son tan buenos... ¡Lástima que le defiendas! Hace seis meses que te casaste ¿verdad?... pues no es temprano para empezar con las de todos. Mira, este al segundo mes ya estaba campeando por sus respetos y fastidiándome de lo lindo

—¡Qué cosas tienes!-dice Juana moviendo la cabeza, de izquierda á derecha, y sonriendo simultáneamente.

—Pero, señores, objetó Ricardo un si es no es amostazadillo: ustedes que son amigas de Espiritu, desde hace ya tiempo, ustedes que la ven casi diariamente ¿de qué fechorías, cometidas por mí, han tenido noticias?... ¿qué desdichas he aportado yo al matrimonio?... Lo que sucede aquí es que mi costilla me atribuye lo que quiere ¿es ó no es cierto? Ustedes se sonrien, niñas de Urriola; y ustedes tratan de disimular tambien lo que sienten en este asunto.

—Miren qué gracioso;-argüia Espiritu Santo.— ¿Quién vá á darte á tí la razon, si no la tienes?... ¡Buen hipócrita estás tú! ¡Anda que te han conocido!..

Y esto conste que no lo hablaba la *imperfecta casada* con aire de disgusto ni de azoramiento; todo ello era dicho en tono de solfa, bromeando para pasar el rato: pero es que Espiritu no podía escaramuzar por recreo con su marido si nó era aguijoneándole un poco. Los presentes, que llegarían al

número de diez, entre los cuales habría tres caballeros, eran personas de la intimidad de la familia y reían con aquellos jugueteos, distrayéndose mucho.

Pero Juanita constituía allí la excepción, por que reconocía la pesadez cáustica de Espiritu y las condiciones excelentes de caracter que adornaban á Ricardo. Más de una vez había dicho Juana á su madre: qué Espiritu, mamá; con cuánto despego trata á ese hombre, cómo le quema la sangre; y él ¡qué prudente, qué mesurado y qué caballero!..»

También Ricardo hablaba para sí, del estado de Juana, en términos de conmiseración: ¡Vaya una suerte que tienen estas calaveras;—se decía en uno de sus frecuentes monólogos—él la engaña á todas horas, sigue cultivando la amistad de su querida, hace lo que le vá en ganas, y su mujer no tiene para él ni una palabra de reproche. Dan despechos de volverse calavera, por ver si con el cambio sufre también metamorfosis la suerte.» Cuando observaba las dudas que Espiritu pretendía meter en la imaginación de Juana, y veía cuánta era la confianza que informaba los pensamientos de esta, pensaba también, Ricardo, para su capote: «mi muger es la personificación de la suspicacia; Juanita representa la sencillez bendita de los ángeles.»

Y no se equivocaba ni mucho ni poco en su apreciación por que era cierto que Espiritu Santo se obcecaba con cualquiera duda, y formaba de

todo una sospecha; mientras Juana creía en la pureza de intenciones de Carlos con la misma confianza que en Dios tenía puesta.

Giró luego la conversación, sobre el calor que ya se sentía en aquel pícaro Junio y también se dijo algo de la necesidad de bañarse; después hablóse de la Tubau, de esa señora que tiene el arte metido en el alma y que con tanto acierto dice sus papeles; de esa actriz que es estrella brillante de nuestro teatro y que cultiva un género digno de obtener la predilección de las gentes.

Y ahora, una digresión: ustedes conocerán, de seguro, á la Tubau: ¡qué muger más ilustrada, *rara avis* de su sexo! En su cubículo del Teatro Cervantes la ví tratar discretísimamente de arte y letras.

Acabó la digresión: digo pues, que poquito á poco fué cobrando animación y alicientes aquella fiesta familiar, por que los diez ó doce concurrentes de un principio convirtiéronse en muchos otros, sin que faltara Cosana el alegre, el calavera.

Iba ya entrando Juanita en un poco de cuidado porque era lo cierto que su Carlos no volvía tan pronto como parecía natural, dada la necesidad de acudir á casa de Selva, para festejar á Espíritu.

El estado psicológico de Juana no pasaba desapercibido, ni con mucho, para Ricardo que miraba á hurtadillas á aquella y encontraba elocuente su mutismo. Pero en cuanto á los demás, no hacían

otra cosa que distraerse y desviar la atención de los detalles triviales.

Las de Urriola conversaban, como lóritos reales, frente á Julia y Amparito Amaro, cortando tales sayos á las pobres amigas, que aquello era cosa de tabicarse los oídos.

Amparo comentaba todo lo que había visto la tarde anterior en el paseo, citando nombres y colores, clasificando telas y moñor: llevaba en su magín un *estado general*, con tanto detalle y tanta casilla, que al escuchar cualquiera hubiese pensado, á buen seguro, que la oradora estaba recitando un bien urdido trabajo burocrático. Por cierto que en aquél *estado* había una casilla más rellena que las otras: la de *observaciones*.

Julia, siguiendo su afición, preguntaba, de vez en cuando, cómo iban las pretensiones de fulana y cómo las de mengana, distrayéndose en las conversaciones de noviazgos y casorios, como años atrás se divertía con su *bebé parisien*.

D.^a Angustias, la madre de Juana, entró luego, tan recompuesta y aseada, repartiendo sus sonrisas y sus apretones de manos, mostrando las dulzuras históricas de su carácter y robusteciendo así la fama universal de bendita, que disfrutaba en todas partes. A esto ya habían sonado las nueve en el reloj de la catedral ¡y Carlos sin parecer! Bien se le iba conociendo el disgusto en la cara á la sensible Juana.

Salvando los obstáculos que anteponian las sillas de los concurrentes, llegó D.^a Angustias á un ángulo de la sala, donde próximos al piano y al balcón, para disfrutar del fresco y de la música á un tiempo, se hallaban repantigados D. Pelayo Amaro y de Santorin, caduco empleado de hacienda, y D.^a Paquita,—que así la nombraban para agradarla —padre y madre, respectivamente de Espíritu, Julia y Amparo.

D. Pelayo era bajito, grueso, canoso y pelado con maquinilla. Tenía una nariz algo caída y rechoncha; los ojos un tanto pequeños y escrutadores y el bigote blanquecino y recortado: total, un buen mozo.

Pasó largo rato; sin embargo, el marido de Juanita no parecía, por lo cual su esposa estaba inquieta, revelando en su semblante el azoramiento que la invadía.

Harta ya de esperar, y aviniéndose mal con su inquietud aquella alegría que reinaba en casa de Espíritu, decidió Juana marcharse á su casa y, haciendo levantar á su madre, se despidió de la concurrencia que quedó haciendo *sotto voce* los comentarios más distintos acerca de la tardanza de Carlos.

IV

Paseó Juana su cuerpo grácil de acera á acera, penetrando en el zaguan de la casa seguida de doña Angustias, que era un poco tarda en el paso.

Llegaron madre é hija, al gabinete que daba fuente á la casa de Espíritu. Estaban abiertas de par en par las puertas de los antepechos, descubriéndose á maravilla el iluminado fondo de la sala fronteriza, donde se festejaba á la mujer de Selva.

A buen seguro que cualquier persona, al hallarse en el gabinete obscuro, mirando hacia la casa de Espíritu Santo, se hubiera creído trasportada á un palco sin luz, desde donde se presenciara el espectáculo desarrollado en un escenario iluminado *á giorno*, como dicen los revisteros amanerados.

Poquito despues se asomó á la puerta de la estancia la criada Justina y preguntó si traía luz. Contestó Juana negativamente y se acomodó luego en una mecedora de regillas, que aproximó al antepecho del lado izquierdo.

D.^a Angustias hizo lo propio, aunque un poco retraída y tan disgustada como su hija; pero algunos minutos despues acabó su tormento, por que el sueño le asaltó de ligero y la redujo.

Las cavilaciones de Juana crecian y crecian á medida que avanzaban los minutos. Apoyada la cabeza en el respaldo de la butaca, columpiándose á veces y á veces permaneciendo sin movimiento, daba y tornaba en sus caóticos pensamientos con abrumadora insistencia.

De pronto sacábanle de su abstracción las risotadas procedentes de la casa de Selva, cuyos ecos trasportaba la onda sonora; entonces Juana dirigia la vista por un momento hacia el interior del estrado de Espíritu y pesando la alegría que se notaba en aquella vivienda con la tristeza que invadía su alma, suspiraba sordamente y volvía á remontar su pensamiento, ayudado de alas negras que lo arrastraban á las regiones de la duda.

Iban desposándose las horas, al enlazarse unas con otras; Juana permanecia en duerme-vela, cuasi en la misma postura que en un principio. Su mente había recorrido todas las lejanías: vió á Carlos ensangrentado, víctima de un brazo criminal y entonces se despertaron sus dulces sentimientos de amante, sintió congojas en el alma y de repente una oleada que, naciendo del corazon, subia y subia hasta desbordarse por las órbitas, convertida en lágrimas tibias. Por un impulso de optimismo, ob-

servó luego—todo ello con la imaginacion—que su buen Carlos trataba á aquellas horas de asuntos importantes, propios de su carrera; compadecióle mucho y hasta renegó *in mentis* de que trabajara tanto el esposo. Al fin renació en su memoria una palabra, semilla de amargas dudas que Espíritu había sembrado en el corazon de Juana. «¡Sabe Dios dónde andará esel!» Aquella reticencia llegaba muy hondo, queria expresar que Carlos andaba en malos pasos; y este recuerdo comenzó á atormentar el pensamiento de Juana, torciéndole más y más el alma á medida que veía con nuevos detalles repugnantes escenas de amor ilícito que la sospecha había sabido forjar á maravilla; tambien subió una oleada desde el corazon hasta los ojos, pero entonces las lágrimas quemaban y las sienes latían con violento golpeteo.

Renació la confianza, desvaneciósse el cuadro de infidelidad y hasta se reprendió Juana á sí misma al haber pensado de aquella manera; por supuesto, que ella jamas hubiera hecho confidencia de tal pensamiento; bueno estaba para concebido en la mente mas nó para cantado de plano á nadie.

Los párpados de Juana titilaban en algunos momentos y sentían un roce parecido al que produciría una legion de hormigas caminando sobre la epidérmis; pero como el ciudadano era grande, de ahí que Morfeo cayera vencido en su intento.

En tanto la animacion subía de punto en casa

de Espíritu; resonaban en el piano los acordes que acompañaban á la voz del gárrulo Cosana, jóven pretensioso en cuanto se refería á sus aptitudes para el canto, ave de salon piando siempre en cualquier tessitura, ora de tenor, ya de barítono.

La donna é móbile....,

cantaba el complaciente chico buscando los registros con relativa agudeza. Y al concluir ¡Dios bueno! ¡qué de aplausos y saluciones!..

Salió Ricardo al balcon y desde él comenzó á llamar á Juana, para hacerle una pregunta que le habia sido encomendada. Llegó el eco, con el vigor necesario, á la casa de enfrente y Juanita, incorporándose un poco, asomó el busto por el antepecho y respondió al esposo de Espíritu.

—¿Ha llegado ya Carlos?

—Aún no;—contestó pesarosamente la interpelada.

—¡Qué será...! De cualquier modo no se aconseje V. A buen seguro que estará en algo urgente. No tema que le haya ocurrido nada.

—¡Quién sabe!...

—¡Cah! Las malas noticias corren mucho. No tenga V. cuidado. Soy capaz de garantizarle la seguridad de Carlos.

—Vd. quiere tranquilizarme...

—Digna es V. de estar siempre tranquila;—arguyó Ricardo con un tono que parecía salir del alma.

—Gracias.

Llamó Espíritu Santo á su esposo y le preguntó qué ocurría: díjole él en breves palabras que continuaba el *statu quo* y Juana volvió á su asiento y Ricardo regresó á su silla.

Comenzó el sueño á sugestionar á Juana, luchando por sobreponerse. Cerráronse los párpados y empezó un estado de amodorramiento que solo suspendía á medias los sentidos, por cuya merced percibía Juanita las notas del piano y los ecos del cantante, cual si fueran una repercusión de música lejana.

Al propio tiempo giraron por la mente ideas vagas y contradictorias, formando un aquelarre espantoso, sin que dejaran de acompañar al bullir de las unas y al danzar de las otras, la vaga y misteriosa harmonia que formaban las notas temblorosas y graves del trémolo de Liszt.

V.

Carlos Lizarde, joven nacido para la licencia, no podía llevar á cabo la santa abnegación de dejaría atrás para seguir otros caminos salvadores.

Ocurrió que, en los primeros tiempos de su casorio, se retiró casi á la vida tranquila, pero bien pronto fueron despertándose sus antiguas inclinaciones—que en él eran como una idiosincrasia—y echó mano á todas, gradualmente, hasta barajarlas de nuevo.

Y ahora que hé dicho «barajarlas» me viene en recuerdo el más perjudicial de todos sus devaneos.

Verdad que en el casino jugaban muchos señores encopetados que la sociedad tenia por impecables; verdad que en la *sala del crimen* entraban y salian descocadamente caballeros respetables; pero lo que para estos señores constituía un pasatiempo más ó menos oneroso, para Lizarde revestía los negros caracteres de vicio, y de vicio amenazador para el porvenir.

Es, en verdad, curioso lo que tiene lugar en estos tiempos, con respecto á las teorías y á las prácticas de moral: frecuentemente vemos predicadores que diluyen argumentos en pró de las buenas costumbres y anatemas en contra de los vicios; fácil será que os imaginéis, ante semejantes declaraciones, que el que las formula es un alma pura, un cerebro ageno á toda idea opuesta á la moralidad. Pero tal vez sea fácil, también, que más tarde os apercibais de que el misionero predicaba lo que él no era capaz de llevar á un terreno práctico.

Al entrar, por primera vez, en una sala de juego ¡cuántas caretas ruedan hechas pedazos á vuestros ojos! «Aquél es don fulano—decís—el que alardea de santo» «Esotro es don tal ó don cual, que se pega con un canto encima del corazón» Y es que en esta edad, como en todas las edades, una cosa es repicar y otra es andar en la procesion.

El *casino artistico*, que á pesar de su denominación se ocupaba de todo menos de arte, tenía su respectiva habitacion interior dedicada al culto de dios *Jorge*, esa deidad irrespetuosamente zaran-deada por la oreja.

Al casino concurría un número extraordinario de personas conocidísimas en la localidad, contándose también entre ese número á Carlos Lizardé.

Mientras Juana, alambicando ideas en el cerebro, esperaba sentada á su ejemplar marido, este

se ocupaba en derrochar el producto de la hacienda de su esposa.

Allí está Lizarde, allí, junto á la banca, puesto de honor para los que juegan *gordo* y aspiran á desbancar.

Preguntémos al conserje, especie de centineta que ronda en torno de la entrelarga mesa: «¿Qué se juega?» El conserje es un hombre encanecido en el oficio, un pícaro con careta de falsa integridad.

«Se juega á izquierda y derecha» Muy bien: ahora veamos qué suerte la cabe al marido de Juanita. ¡Demonio, demonio; vá perdiendo todo su haz de billetes!

La luz, atajada por una pantalla de tafetan verde, cae vigorosa sobre el paño del mismo tono, dejando ver claramente en el centro de la mesa un monton de monedas y una porcion de papeles del banco, de esa entidad que convierte un trozo de papel grabado en una equivalencia de mil pesetas.

En las dos alas de aquella mesa larga y angosta, donde parece darse un banquete infernal, se han trazadas las líneas paralelas que separan el paño izquierdo del paño contrario. Un hombre rechoncho, sonriente cuando arrasa con la paleta el dinero ganado y aparentemente contrariado cuando paga ciento por ciento, tira los naipes á un lado y á otro para formar juego. ¡Extraña sibila á la cual se encomiendan los más á impulsos de una ambicion precita!

«Cárlos está siempre perseguido por la desgracia» «Cárlos pierde tres mil pesetas ya» «Lo que es Cárlos se tira de los cabellos esta noche» Así dicen en voz baja los elegantes del círculo, que gustan de ver la frescura con que Lizarde arroja el dinero sobre un lado ó sobre el otro.

Y dan las doce, y la una, y las dos... ¡Qué lucha entre el banquero y el punto! Pero es una lucha sorda, galante, pacífica en el exterior. A veces Lizarde adelanta algún terreno, dobla, triplica, quintuplica sus fondos, y el tallador abónale impasible sus ganancias. En otros momentos vuelve á la banca el cúmulo de billetes y de monedas obtenidos y el jugador parece sereno. Pero no es así; padece el corazón, el pensamiento, se ofuscan los sentidos...

El conserje, ese es el que lo vé todo igual; solamente se apercibe de que pierde la *cabecera* cuando le pide dinero del repuesto.

VI.

De tal manera fué acentuándose la tendencia de Carlos á todo lo que, en años anteriores, habia constituido sus aficiones, que Juana poco á poco le retiró aquél cariño, aquella veneración que por él sentía.

Pero como si estuviese dispuesto que tal progresion caminara en equilibrio con las impertinencias de Espiritu Santo, conviene hacer constar que esta aumentaba de dia en dia sus asperezas, labrando la desgracia del buen Ricardo.

«¡Oh imperfeccion de las cosas humanas!» se me ocurre decir ahora, ante el paralelo que vienen á formar la torcida intención de Carlos y la malhadada tendencia de Espiritu.

¡Juana y Ricardo! He aquí dos seres nacidos para sufrir la honda pena, el martirio terrible de no hallar consideraciones de cariño en las personas ligadas á ellos por lazos indisolubles.

Si el hado no fuese tan ciego como la fortuna

¡qué hermosa obra hubiese acometido al juntar á Ricardo de la Selva con Juana Forcadal! Pero ya se vé, el destino hizo lo que pudo: unió á Juana con Carlos y á Ricardo con Espiritu, les colocó luego cerquita, á los unos frente á la casa de los otros; les permitió cambio de relaciones amistosas para que se conociesen bien; y de aquí que Juana llegara un día á mirar con envidia á Espiritu Santo y á sentir en lo íntimo de su alma que fuese tan impertinente con aquel marido de mazapan que le habia dado el cielo. Y de aquí, tambien, que Ricardo comprendiera la grandeza de alma de Juanita y anatemezara el infcuo proceder del calavera que no merecia, ni por asomo, la posesion de aquella muger bendita.

Cada vez fueron tomando mayores proporciones los devaneos de Lizarde, hasta el punto que su vida desordenada y licenciosa era blanco de los comentarios generales.

Decian lenguas pecadoras que Carlos no solo malgastaba el tiempo y el dinero en el casino, si que tambien tenia una querida, la Rosenda, una muger tan poderosa como un terremoto: ¡como que ya habia echado abajo tres casas! Y efectivamente, aunque no redujo á escombros ningun edificio lo convirti6 en sal y agua, otro prodigio mágico de iguales efectos que la demolicion 6 el derrumbamiento. El marqués de Castro-Villalva maldecia á Rosenda que era un contento, y dos *distinguidos*

jóvenes de la buena sociedad cantaban, también, sendas alabanzas en pró de aquella sacerdotisa elegante que cifraba su gusto en deslumbrar á todas las mugeres en el paseo y en los teatros.

Bueno, pues un día ¡día aciago! Carlos recibió una suma importante, producto de una transaccion que habia realizado por poderes de un señor de Vizcaya (D. Ramon Arresot de Balobena) Lo mismo fué tomar los cinco mil duros que jugárselos: como que se le metió en la cabeza la idea de una ganancia pingüe, sin pararse en las facilidades de la pérdida. Porque es lo que él decia: «con estos cinco mil voy y ¡pum! hago otros cinco! luego con ellos, diez; recojo el otro pase; veinte mil duros! y me voy á la calle con una porcion de billetes, suficiente para empapelar los muros de un salón.»

Se fué á casa del Jorge, de aquel Jorge tan zarandeado por la orejita, echó sobre el paño derecho, con su proverbial valentia, el dinero que llevaba; y, con efecto, se dió el primer golpe, pero perdió el segundo y se dejó allí los papeles.

A partir de aquel momento la turbacion de Lizarde no tuvo igual; comprendió la *melonada*, pensó en lo anómalo de su situacion, caviló y recaviló; pero ¡nada! no hallaba los cinco mil pesos.

¿De qué medios iba á valerse para reunir esa suma, que le reclamaria inmediatamente el Señor Arresot, su poderdante?

¿Iba á pegar tan fuerte mandoble á la fortuna

de Juanita? No, ella no lo permitiría; es decir, lo permitiría, por salvarle, si él se confesaba reo del delito de lesa canallada, pero eso nó le entraba á él en el magín.

Y, es claro, de dar tantas vueltas al pensamiento se perturbó de un modo fatal y llegó á concebir la *idea salvadora* del perdido. «Acabando yo, todo acaba.»

Se fué á casa de Rosenda, por que en efecto tenía tratos con aquella muger temible; se sentó en una mecedora de regillas y cerró los ojos.

«A este le pasa algo;» se dijo la querida, pero él arguyó que tenía dolor de cabeza y la sospecha de Rosenda se extinguió enseguida.

Al cabo de un rato, la hembra famosa dormía como un lirón, sobre la banqueta forrada con yute y llena de *pufs* de terciopelo.

Entreabrió los ojos Lizarde, se levantó, llegó al lado de Rosenda y se convenció de que dormía; miró zombriamente en torno suyo, se enjugó con la mano izquierda el sudor que brotaba de la frente; ocultó la derecha bajo el faldón del chaquet y extrajo del bolsillo, practicado *ad hoc* en sus pantalones, un revolver breve y luciente.

Llevó el arma junto á su sien derecha y al sentir el anillo frío besar con beso de muerte su epidermis, cerró los ojos y se mordió los labios: no se sentía fuerte, retiró el revolver, suspiró con suprema codicia y volviendo á sentarse en la mece-

dora pareció sumergido en cavilaciones nuevas.

Algunos momentos después, las personas que transitaban por la calle sorprendiéronse al escuchar el ruido de un disparo y, á poco, los gritos de una muger que pedía socorro.

VII.

El suicidio de Carlos y el hallazgo de su cadáver en casa de la Rosenda fueron nuevas terribles para el corazón la esposa. Verdad es que esta no conservaba, hacia Lizarde, el mismo cariño que en un principio, pero los seres que albergan un corazón noble no pueden ver con indiferencia las desgracias de las personas que han estado intimamente unidas á ellos: puede decirse que Juana sintió renacer en su alma todo el amor que se habia ausentado, puede asegurarse que, al ser poseedora de la infausta noticia no recordó las estupendas majaderías que Lizarde venia cometiendo; pensó únicamente en él, como ser de quien habia dependido toda su felicidad, se presentó ante sus ojos como imagen de un cariño no empañado. Pero bien pronto vino un detalle, con insistente presencia, á poner de bulto la conducta de Carlos: el hecho de haber sido encontrado el cadaver en casa de la querida, hablaba elocuentemente en contra de la

moralidad del esposo llorado y levantaba en el corazón de la muger una sombra ajena á la conmiseracion.

Un suicidio es un hecho que, al par que conmueve á las gentes, despierta el apetito de su curiosidad. Empiézase por decir «pobre muchacho» y se continua diciendo «¿por qué habrá sido?» El primer impulso es pasivo, el segundo es activo y, realmente, pone en actividad al curioso. Comienzan las indagaciones, las preguntas encaminadas á conocer el motivo de la fatal resolucion y se acaba por escudriñar á veces la verdad y por escuchar, otras, versiones distintas forjadas por alguna imaginacion, como meridional, fantástica.

Sin embargo, en el caso concreto á que nos ceñimos en esta novela, estuvieron acordes las opiniones «Iba mal ese muchacho» «El juego...» «Había perdido una porcion de dinero...»

Ocurrió, por tanto, que aunque las personas sintieron el caso comprendieron su fundamento; y hubo además quien compadeció á Juana y quien la creyó afortunada en este caso.

En verdad, en verdad, solo un arrepentimiento por parte de Carlos ó su muerte prematura hubieran podido libertar á Juana del yugo que imponian á su alma los desaciertos de su marido; y como uno de estos dos medios de salvacion se habia realizado, por voluntad del mismo desacertado joven, he ahí porqué se decia, sin reparo, que el suicidio

de Lizarde había redimido á su infortunada consorte.

Sin embargo, alguien ha dicho que la felicidad es un imposible, y solo por eso es de temer que Juana entre en una nueva era de martirio...

Pero nó adelantemos los sucesos.



VIII.

Espíritu Santo era una loca de esas que, sin necesitar camisa de fuerza, merecen el completo aislamiento. Había nacido para acibarar la vida de un hombre cuyos sentimientos eran adorables y había conseguido su fin de la manera más completa que pueda imaginarse.

Su inventiva, en cuanto á detalles que hiciesen desesperar, era de tal modo inagotable, que diariamente ideaba nuevos eficaces recursos con que mortificar al buen Ricardo. Y como este sintió un cariño entrañable, en un principio, hacia su muger, sufrió pacientemente, con la abnegacion de un santo, las intemperancias de caracter de su compañero de vida, tratando de convertirla á fuerza de méritorias acciones; pero la manera resultaba contraproducente, porque Espíritu necesitaba un caracter que la domeñara, un hombre que refrenara sus ímpetus y nó un alma buena que soportara, sin aparente protesta, aquel modo de ser especialísimo

que convertia en basilisco á la que debia ser angel de paz y salud.

No puede olvidárseme lo que dijo Espiritu cuando supo la resolucion de Lizarde: miró de reojo á su marido y luego murmuró entre dientes: «cualquier dia eras tú capaz de eso...»

Desde entonces comencé á arraigar en mí la conviccion de que Espiritu era una loca de atar.

Otro detalle que revela el caracter irresistible de la esposa de Selva: cuando, á poco de haberse suicidado Carlos, expresaba Juana su sentimiento (y eso que no era muy agudo) Espiritu Santo la reprendia con calor, alegando que los maridos no merecen que *una* se tome por ellos ningun *tole* «A lo cual respondia cosas de razon la discreta Juanita, quien por más que hubiese sufrido mucho con Lizarde cumplia su deber de viuda no comentando las viciosas aptitudes que demostró en vida su cónyuge.

Ricardo de la Selva, hombre bueno hasta dejárselo de sobra, necesitaba hablar con alguien de su martirio, ya que tan de medio á medio lo conocia; pero en aquella casa eran todos contrarios para él, lo mismo sus suegros que sus cuñaditas, por que de las niñas de Amaro, solamente Julita habia nacido una migaja discreta, y todos en aquel nido se replegaban hacia Espiritu Santo que era el rey, aunque como rey tirano.

Cuando pasó un año, ó poco más, desde la

muerte del infortunado Lizarde, Ricardo hizo sus escapadas á casa de la viuda, porque su bondad no solo le atraia sino que le abria surcos en que él pudiera depositar la semilla de sus confianzas; semilla que fué produciendo sus frutos en el corazon compasivo de Juana, quien rebuscaba argumentos para endulzar los duelos de su vecino.

En cuanto Espiritu Santo le proporcionaba un sofoquin de aquellos que solia regalarle sin reparos, ya estaba él rabiando por referirselos, con puntos y comas á Juana y á D.^a Angustias, por que es de advertir que la simpática y buena señora tenia tambien un corazon de oro y se interesaba vivamente por las penas de sus amigos, indentificándose con ellos á maravilla.

Y de tal modo llegó á comprender Juana á Ricardo, que la ligera prevencion que abrigára en un principio hacia Espiritu fué convirtiéndose en antipatia; si, por que las almas buenas tienen tambien claro-oscuro en sus sentimientos, y por lo mismo que han nacido para adorar el bien, detestan el mal allí donde el mal se encuentra.

El último y más trascendental de todos los disgustos prodigados á Ricardo por su esposa fué el que surgió con motivo del ascenso de D. Pelayo.

El padre de las niñas Amaro, recibió el nombramiento de Delegado de Hacienda para Granada. ¡Qué de cabriolas, risas, comentarios y fiestas hicieron Julia, Amparo y Espiritu. Amparo disfru-

taba solo con la idea de encontrar un novio granadino que la llevara pronto ante el ara y sacrificara en ella su estado de soltera; Julia, se regocijaba soñando con la Alhambra que tanto habia escuchado elogiar y Espiritu, aficionada solo á todo lo efímero, estaba como niño con zapatos nuevos, pensando en pasearse mucho y en deslumbrar con su hermosura á las hijas de la árabe ciudad. Espiritu habia decidido el viage, sin contar con la huésped, ó el huésped (que esto es lo que parecia Ricardo en aquella casa, segun lo poco atendido que era.)

Pero sucedia que Ricardo no podia realizar sus negocios en aquel entonces, y le era imposible abandonar la localidad. Pero estas razones que hacia ver Ricardo hasta la evidencia, no fueron del agrado de su media naranja; Espiritu no sufría obstáculos que se antepusieran á sus planes, pues en cuanto tropezaba con ellos no trataba de separarlos con la debida calma, sino que gustaba de destruirlos para abrirse paso con soberbia.

Empeñóse una lucha tenaz entre Ricardo y su esposa: el primero sostenia su resolucion de no marchar á Granada, fundado en la razon, y Espiritu insistia en el viage por puro capricho.

Por mucho que el lector se haya penetrado del caracter de la esposa no presumirá, tal vez, que prefirió abandonar á Ricardo para que éste fuese liquidando sus negocios con la debida latitud, y

que ella, ganosa de ver ciudades desconocidas é importándole poco la compañía de su marido partió en unión de sus padres y de sus hermanas, feliz y contenta, como el pájaro que vuela libremente y atraviesa sin cuidado la anchurosa extension de los cielos.

IX.

Ha habido quien ha dicho que Ricardo debió «romper un hueso» á su esposa antes que consentir sus mamarachadas, sobre todo la última.

Eso de permitir á una muger propia (que por algo se llama así) que adopte las resoluciones más á su acomodo, tanto las que tienen buen ver como las que trascienden á inoportunas y sin sentido, se le comentaba mucho á Selva.

Pero si todos hubiesen conocido á este como nosotros, lejos de criticarle le hubieran compadecido al hallar en él un caracter demasiado ductil. Porque Ricardo prestaba alas, inconscientemente, á los disparates de Espiritu, por virtud de aquella bondad arraigada en su corazon, que no podia hacerle convertir su caracter dulce en áspero ó enérgico.

El sentimiento de Ricardo no tuvo límites cuando vió decidida á su muger á abaandonarle, siquiera fuese por pocos meses; por que él creia—y crei

bien—que la esposa debe caminar junto al marido y no apartarse de su lado, sino por virtud de circunstancias poderosas que así lo determinen: otro procedimiento, contrario al anteriormente expuesto, sobre ser anodino pugna contra las reglas del cariño, si el cariño las tiene.

Pero las continuas decepciones que venia sufriendo Ricardo con su compañera de vida, le habian hecho ya en cierto modo valiente y habian acerado un tanto su corazon; de modo que si bien experimentó fuerte sacudida en el alma cuando se aseguró de la última resolución de Espíritu Santo, pronto se repuso y, dando en filosofar con arreglo á las circunstancias, adquirió una frialdad estóica que le regeneró en los supremos instantes de la despedida. Por que, si en el momento de partir para Granada la joven esposa, hubiese experimentado alguna sensacion Ricardo, y esta hubiera trascendido al exterior, su dignidad quedara mal parada ante las personas que asistieron á la estacion del ferro-carril.

Era la hora del mediodia: en las afueras de la ciudad se elevaba un edificio amplio y de apariencia gráfica. El interior se hallaba cubierto por una gran montera de hierro adornada de compuertas acristaladas; llegaban á la entrada de la estacion carruajes, tranvias y ómnibus cargados de viajeros y equipajes; ante el despacho de billetes se agrupaban los viajeros formando turno y se oían rechi-

por las ruedas de las zorrillas impulsadas por las manos callosas de los mozos.

El tren, compuesto por wagones de clases y aspectos diferentes, con la locomotora á la cabeza, aguardaba la señal convenida para arrastrarse por su alfombra de hierro: semejaba titan que duerme lanzando leve resoplido.

Diez minutos antes de la partida, penetraron en el anden D Pelayo y D.^a Paquita seguidos de sus tres luceros, como ella denominaba á Espritu, Julia y Amparo. Venian éstas caprichosamente vestidas, con sus sacos grises, sus gorritas adornadas de lazos y velos y sus porta-alhajas de piel obscura. D.^a Paquita llevaba una cofia negra, de encajes menuditos y manteleta algo descolorida. En cuanto á D. Pelayo, no hay qué decir cómo iba el buen señor: jamás viajó delegado alguno con abrigo tan flamante ni gafas tan negras. El pantalon era el mismo de siempre, pero... ¡en el mundo es donde llevaba sus magnificas prendas para lucirlas en el despacho de la delegacion de hacienda!

¡Lástima que la nariz del buen señor siguiera tan gorda y caída; y lástima, tambien, que adorase el pelado raído que tanto transparentaba el cuero cabelludo!

Además de los viajeros, se hallaban allí Ricardo, Juana y D.^a Agustias, la bonachona señora, encanto de cuantos la trataban.

Llegó la hora, subieron los rezagados á sus res-

pectivos departamentos, sonó la campanilla y comenzaron los abrazos y besuqueos de rúbrica.

Espíritu Santo estaba tan contenta, que no podía ocultar su regocijo. Ricardo parecía también sereno, y en efecto lo estaba.

Púsose en marcha el convoy y entonces fué cuando Espíritu quiso abrazar á su esposo; no por que así se lo predicara su instinto, sino por que habia conocido, por primera vez en su vida, que acababa de cometer una torpeza. Pero como ya no fué posible detener la marcha del coloso, se limitó á asomarse por una ventana y á decir: «adios, Ricardo, que acabes pronto ¿eh? adios ¡mira que me escribas todos los dias! adios, riquin.»

X

Y fueron pasando días, unos detrás de otros, sin que durante ellos dejara Ricardo de visitar á Juana y á D.^a Angustias.

¡Ah! Conviene enterar á mis lectores de un detalle: Espiritu Santo no escribió á su esposo ni una letra; Julita fué la que, por encargo de su hermana, tomó la pluma y llenó escasamente una llana del papel-esquela. En tan cortas líneas solo manifestó Julia á su cuñado que habían llegado muy bien á la ciudad andaluza y que estaban encantadas de la Alhambra y de sus cármenes. A esta misiva no respondió presto el marido; se propuso ocuparse lo menos posible de su ausente y no sintió escrúpulo alguno de conciencia al acordar semejante plan de conducta. Y es que en él no habia ya impulsos amorosos en favor de Espiritu, de modo que todo cuanto tendía á apartarse de ella lo aceptaba al punto sin reparos. No era posible que la manera de ser especial de Espiritu Santo hubiese dejado de

trocar el caracter de Ricardo de la Selva; y si no pudo exasperarlo con sus arranques vulgares y necios, produjo el efecto de secar los veneros de cariño.

Yo no sé si, efectivamente, la realizacion de los negocios de Selva implicaban un trabajo largo de suyo y que, por consiguiente, necesitasen bastante tiempo para resolverse; lo que si puedo asegurar es que Ricardo fué desatando con parsimonia los nudos de sus dificultades, antes que cortarlos, como hubiera sucedido si deseára correr en pos de su esposa.

Invirtió, pues, el tiempo necesario para sus liquidaciones, y (ya se ha dicho) durante él no dejó Ricardo de visitar á Juana y de tratarla con más amplitud que otras veces.

Causas que anteriormente habian impedido mútuas expansiones, no existian en los actuales momentos: la muerte, aunque fatal olvidada, de Carlos; la ausencia de Espíritu... todo ello daba margen á un género de amistad más íntimo que el que habia existido en otros tiempos.

Giraba la conversacion frecuentemente sobre motivos bien desconsoladores para Juana y para Selva: comentábase los sinsabores que se experimentan dentro del hogar cuando, los que debieran hacerlo agradable lo hacen irresistible; y tambien se hablaba mucho de supuestas delicias y de felicidad soñada que los interlocutores no habian llegado á disfrutar.

«Yo, decía Ricardo, creo que el matrimonio debe ser el acto de elevar á contrato perfecto el mútuo acuerdo de dos almas. Dependiendo, pues, esta solemnidad de una causa puramente espiritual y santa, creo que es una de las acciones más agradables á Dios y la que más sublima y engrandece al hombre.

Vivir estrechamente unidos, tejer un dechado de abnegacion y de mútuo cariño, es el programa á que deben ajustar los actos de su vida los seres que se unen con lazo eterno. Pero sucede, á veces, que lo divino no encuentra entre lo mundanal su conexion, y entonces, si hay un corazon noble que se entrega sin miedo, existe otro corazon desleal que le acecha para acibarar sus aspiraciones»

«Es verdad, Ricardo;—decía Juana—yo quizás no sabré explicarme como Vd. lo hace, lo que si entiendo es que en este mundo engañoso, lo más facil y corriente es equivocarse. Indudablemente ha creado Dios á los buenos para los buenos ¿por qué no los une siempre, por qué no los acerca?»

«Si, si, á veces los junta, á veces los identifica..., pero es tarde.»

¡Es tarde!..—murmuró Juana como hablando consigo.

Siguió perorando Ricardo, á su modo, sobre los sentimientos típicos del corazon, llegando en momentos á sentirse tan elocuente, que su oyente parecía animada de un interés extraordinario. Has-

ta entonces, Ricardo habia demostrado la bondad de su alma por medio de manifestaciones hijas de la ocasion; de tal modo habia resultado digno, paciente ó cariñoso, segun los momentos. Pero en esta visita adujo tanta teoria, hizo consideraciones de tal jaez y, en fin, descubrió tan por entero su corazon que lo que antes habia sido simpatia en el alma de Juana se convirtió ¡por qué no decirlo! en una atracción semejante al amor.

XI.

El instante era decisivo; la escena tenía lugar en un gabinete alhajado elegantemente, con la sencillez característica de la elegancia.

Junto á un antepecho se hallaban sentados Juana y Ricardo, quienes conversaban quedamente por no tubar el reposo de D.^a Angustias que, en la habitacion próxima, se hallaba recostada por prescripcion del médico.

Sufria la bondadosa señora un resfriado que requería un tratamiento cuidadoso, en relacion con la edad de la enferma y con el desgaste de su organismo.

Charlando sobre el tema de siempre llegaron, como antes se ha dicho, á comprenderse mejor que nunca aquellas dos alma gemelas; cuyas almas, como dos astros que semejan hallarse en un mismo lugar de la eclíptica y sin embargo estan distantes, se acercaban enconjuncion de amor, si bien esta-

ban realmente separadas por el deber.

La soledad, el mismo tinte misterioso que prestaba al diálogo la suavidad con que se emitían las palabras, eran resortes que abrían de par en par los pórticos de la franqueza.

Ricardo se dejó comprender aquella noche como nunca y al comprenderle Juana sintió renacer en ella el amor. No os parezca de súbito renacido, porque Gautier lo dice: «el amor nace muchas veces de una sola mirada».

También Ricardo, á favor de las circunstancias y por la solemnidad del momento, sentía nuevas sensaciones que impulsaban su alma más y más hacia el alma de aquella mujer sensible. La conjunción se realizaba entonces más visible que nunca: las dos almas se acercaban misteriosamente y, sin embargo no se hallaban en la misma línea, por que las separaban las conveniencias sociales.

«¡Ay, si yo te hubiese encontrado antes en mi camino!»—Le decía el alma de Ricardo al alma de Juana. «¡Ay, si nos hubiese acercado más temprano el que todo lo puede!»—Contestaba el alma de la mujer.

Y, sin embargo, por una de esas desacertadas combinaciones, del hado no se habían encontrado á tiempo de unirse como aconsejan fórmulas inquebrantables de la sociedad.

Al terminar aquella conversación íntima, en que apenas esbozaron la manifestación de sus senti-

mientos los seres que de tal modo se comprendían, llevaba Ricardo una ballesta clavada en el corazón, al par que Juana, dejando partir al primero derramaba una lágrima en su holocausto.

Digamos con Lamartine: «hay más genio en una lágrima que en todos los museos y bibliotecas del mundo.»

XII

Juanita habia nacido para amar y para ser amada; anduvo cavilosa dos dias enteros, durante los cuales solo vió á Selva breves momentos, pues si bien este entró en la casa para averiguar el estado de salud de D.^a Angustias, se limitó á preguntar por ella y de seguida salió con direccion á su escritorio.

No podia borrarse de la imaginacion de la gentil viuda una idea, ya apuntada, que envolvia cierta reconvencion contra la divinidad. Con algo de impiedad pensaba en el ser omnipotente, al considerar que no permitió la unión de Ricardo con ella. A este propósito se le ocurrían conjeturas á granel respecto á la felicidad que, probable ó seguramente, hubiera gozado junto á un hombre tan noble y generoso. En sus elucubraciones llegaba á remontarse tan alto que, cuando volvía, la caída era atrocemente brusca. Entonces, cuando reconquistaba el imperio de la razon, llegaba á argüirse á sí

misma, censurándose por haber prestado abrigo á un sentimiento que la denigraba, pues Juana no podia olvidar que Ricardo pertenecía, de derecho, á otra muger. Fijábase su mente en Espíritu Santo, recordaba las mil inconveniencias de su caracter, los sin-abores que habia proporcionado á Selva, y sentía corage y odiaba á la muger que de un modo tan censurable amargaba la existencia del hombre que solo merecia cariño y bienandanza.

Por otra parte, Ricardo se abstraía á cada momento soñando con la viuda de Lizarde y bendiciéndola con el deseo. Su conciencia no velaba con crespones el cariño que sentia, porque Ricardo, en momentos de duda, hallaba la justificacion de su cariño ante la conducta rastrera de aquella esposa que le habia llevado al matrimonio, con alas de engaño.

De este modo pensando Ricardo y Juana, fomentaban aquel cariño, hasta entonces puro, creado por las circunstancias y delineado con caracteres más firmes por el estudio de las noblezas que demostrara el ser amado.

Hubo momentos en que la conciencia timorata de Juana quiso hacerle volver pasos atrás, pero sin darse cuenta de ello, Juana no desechó el cariño que germinaba en su corazon. Y es que, como dice Lord Byron, la copa de Cupido embriaga al primer sorbo, pues contiene una quinta esencia de láudano que nos hace perder la cabeza.

XIII.

Mientras tanto, la joven Espiritu lucia en Granada sus esbelteces por la *Bomba* y el *Salon*, dos paseos preciosos que convidan al goce durante los dias espléndidos de la primavera, esos dias en que el cielo parece vestir su manto más azul, y en que la vegetacion sin par de aquel suelo semeja reverdecer con mayor brillantez que nunca.

D.^a Paquita estaba tan satisfecha con su papel de delegada, que no lo hubiera cambiado por otro alguno: habia llegado á tratarse con la señora del gobernador civil, andaba cerca de las tertulias que tenían lugar en casa del capitan general y no desesperaba de visitarse con el arzobispo.

Hay que advertir que Espiritu Santo se habia identificado de tal manera con el deseo de visitas que se habia desarrollado en su madre, que no habia sino espolearla para que fuese aquí ó acullá,

acompañada de ella y de los otros loritos reales, que hablaban en todas partes hasta por los codos.

Vieron todo cuanto hay que ver en Granada: desde la Alhambra, hasta la Cartuja; en fin, se dieron una de correr para este y para el otro lado, que á D.^a Paquita le entró un tembleque que, lo menos, le duró una semana; verdad que la señora delegada estaba ya pasadita para ponerse tanto al sol.

Pero qué pícaro condicion la de Espíritu Santo, qué modo de amar lo efímero y de sentir indiferencia ante las cosas que deben inspirarnos afición. No encontraba en el alcázar árabe las mil y una delicias que habian reseñado historiadores y que habian cantado los poetas. Era un alma la suya que no sondeaba el fondo de las cosas, que no sentía conmociones agradables ante lo bello.

Cuando vió el Generalife y la *Calderona* y la Real Capilla, y todo lo demás que allí era de ver, se dijo: «¿y esta es la belleza, y esta es la hermosura de la perla de Boabdil?...» No se lo dijo en estas palabras, pero en esencia dijo lo apuntado. Total: que empezó á aburrirse soberanamente, y sino hubiera sido por el aliciente de lucir su cara en el paseo, también le hubiesen parecido estrambóticos el Salon y la Bomba. Es decir, que entre todas las joyas que atesora la sin par Granada, lo único que le hacía tilín era el paseo, y eso... ya sabemos por qué. Nada, entre el monton de hermosuras iba ella entresacando siempre lo trivial para regocijarse

con ello, y eso dependia de que sus sentimientos eran vulgarisimos.

Otra de sus hazañas consistió en hablar poquísimo de su marido; queria pasar por soltera y, en efecto, muchos la tenian por tal. El colmo de su júbilo se hubiera realizado si algun galanteador le hubiese dicho, como se dice en la region andaluza: «bendito sea su cuerpo; ole, madre mia.»

No quisiera adelantar prejuicios, máxime cuando se trata de una señora, pero aqui para internos voy á declarar que Espiritu quizás hubiese tenido á gala que le hicieran el amor seriamente. Indudablemente hubiera refrenado al amante en el acto de manifestarle su atrevido pensamiento, revelándole entonces su estado de casada, pero hasta que llegase ese momento hubiera coqueteado de lo lindo, dando pábulo para semejante declaración amorosa.

Seguia Espiritu Santo firme en su propósito de escribir poquísimos á Ricardo; Julia, por delegacion de su hermana, lo hacia de diez en diez dias; pero Ricardo no le iba en zaga, pues concluyó por no decir esta pluma es mia, dejando sin contestacion las dos últimas cartas que habia recibido.

A Espiritu Santo llegó un dia una carta, sin firma, en que se le manifestaba con términos confidenciales que su esposo «se entendia» con la viuda de Lizarde.

XIV.

El amor hacia Ricardo habia adquirido ya tal predominio en la imaginacion de Juana, que esta no dejaba un punto de pensar en él.

Seguía la buena D.^{na} Angustias padeciendo de aquella enfermedad que, en un principio, pareció sencillo accidente y que poco á poco se fué complicando para martirio de tan impecable ser humano.

Menudeaba Ricardo sus visitas, por que de ellas dependia su bienestar, aunque notara grandes amarguras en aquella copa de amor. Regocijábese al lado de Juana descubriendo, cada vez, nuevas bellezas en su alma, y se apenaba al propio tiempo considerando cuán distante estaba de la muger querida.

La confianza nacida del trato constante y de la simpatia mútua, fuése acentuando de manera que los amantes concluyeron, sin darse cuenta, por descubrirse el fondo de sus pensamientos. Aquellas respectivas declaraciones espontáneas, hijas de las

circunstancias, alentadas por la intimidad, habian sellado para siempre los corazones de Selva y de la viuda de Carlos.

Toda idea impura habia huido de aquellos cerebros, hallando abrigo solamente un sentimiento plácido y risueño.

Ya habian conversado, secretamente, acerca de lo difícil de su situación, de la necesidad de olvidarse y del propósito de cumplirlo, pero las prácticas desmentían á las teorías por completo, y aquellas almas, como los luminaires que aparecían en conjunción, se unían en el espacio y parecían confundirse.

Un solo altar habia en el corazón de Ricardo; en él se sacrificaba solamente en honor de Juana, y por ella se conmovía hondamente la viscera, centro de vida de los seres.

Palpitaba también el corazón de Juana á impulsos de un cariño puro, aunque alarmante para cualquier conciencia timorata; y siendo perfectamente iguales los sentimientos, análogas las sensaciones é idénticos los propósitos, se consolidaba la mútua correspondencia.

Entiéndase, sin embargo, que Juanita pensaba mucho en Espíritu Santo, unas veces envuelta en ideas de desprecio, otra en sentimientos de conmiseración. Acababa, casi siempre, tratando de sacudir aquel amor que repugnaba á su justificación; pero cuando llegaba el momento de practicar la

idea saludable se consideraba impotente. En cuanto á Ricardo, si en un principio refrenó su amor en cumplimiento de su deber, pronto los manejos vulgarísimos y censurables de Espíritu Santo le dieron alas para seguir el comenzado vuelo.

Y como disculpa suprema, y como argumento convincente empleaba siempre en sus meditaciones el mismo: «Dios nos ha creado al uno para el otro.»

XV.

Cuando Espiritu leyó el anónimo, sintió desarrollarse en ella un sentimiento de ira, que no de cariño, al verse preterida y burlada por el hombre que había tratado de dominar. En un principio dudó del fundamento de la noticia, pero bien pronto experimentó los arrebatos de siempre y, arrugando entre sus manos el papel, solo deseó en aquel instante tener cerca de sí á los culpables para golpearlos con toda la energía de que se sentía capaz.

Bien pronto se enteraron Ju'ia y Amparo, que hicieron comentarios de todo género; D.^a Paquita y D. Pelayo quedáronse hondamente preocupados y todos, en fin, declararon ingenuamente que no les había cabido semejante sospecha en el cerebro.

Se discutió mucho acerca de lo que convenía hacer en aquella circunstancia, pero pronto resolvió Espiritu la cuestion diciendo:

—¿Y qué?... ¡También tengo yo alma! Sofocarme por un tipo semejante... ¡Si no le he querido nunca, si me es antipático!... ¡Ah, pero esta burla

—Puede que no sea verdad;—arguyó Julita.—Tal vez el autor de la carta sea algun mal intencionado. No hay que ofuscarse.

—Hija, cómo se conoce que nada te importa;—dijo Espiritu, y añadió: ¡Por supuesto, á mí tampoco me importa mucho! Pero si yo cojera á ella aquí, á aquella santita; ¡pues y si lo cojera á él!.. Nada, la noticia es cierta; por eso el tunante no me escribe desde hace tanto tiempo. ¡Ah, qué hombres! ¡Qué desgraciadas somos las pobres mugeres! ¿Qué quejas podía tener de mí ese hipocriton? ¡Por supuesto, los hombres necesitan mugeres .. como yo me sé!

Estas y otras parecidas exclamaciones, todas aconsonantando con el carácter de Espiritu, se le ocurrían á esta en precipitada enunciacion.

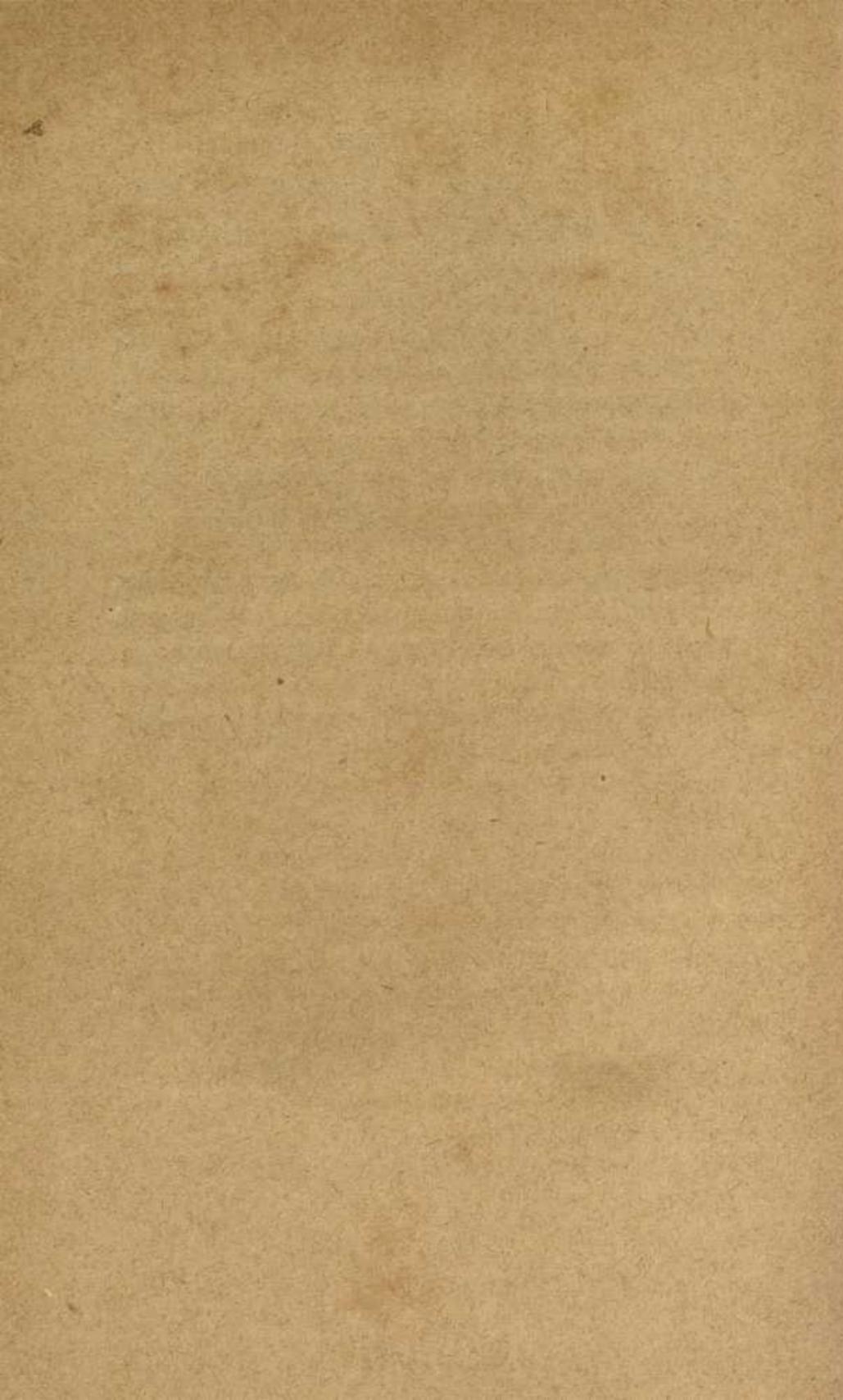
Surgieron nuevos pareceres, que desechó totalmente la esposa de Selva y, por último, resolvió esta enviar la misiva anónima con sobre dirigido á Juanita Forcada. «Esto es lo mejor;» se dijo.

Y dicho y hecho; depositó el pliego en una de las bocas de leon que forman los buzones del correo granadino y regresó á su casa respirando con aire de satisfaccion.

«Dios dirá luego»—pensó. Pero al propio tiempo propúsose Espiritu Santo no tomar el asunto

con demasiado calor. Y es que Espiritu no notaba aún la herida inferida á su amor propio y, por tanto, no presumía que la idea de la infidelidad de su esposo habia de criar pertinaz raiz en su pensamiento y en su corazon. Inútil es tratar de sustraerse á la accion natural de ciertos sentimientos.

Mientras llegaba esta carta á poder de la esposa de Selva, complicábase de tal modo la enfermedad de D.^a Angustias, la madre cariñosa de Juana, que se hacía indispensable la prestación de los bienes espirituales. El mismo dia en que la mujer de Ricardo depositaba en el correo la carta anónima, con el fin de que llegara á poder de Juanita, esta lloraba la muerte de su santa y virtuosa madre.



XVI.

Los cuidados solícitos que Ricardo prestó á D.^a Angustias en los últimos días de enfermedad, acabaron de fijar en el alma de la hija cariñosa la veneración que iba sintiendo por aquel hombre amable y desgraciado.

Al propio tiempo, las nuevas desgracias que venían á herir el corazón de Juana, aumentaban en Ricardo el cariño y el interés que le inspiraba su tierna amiga.

No faltaron, en casa de D.^a Angustias, algunas señoras que demostraron cariñosa solicitud; pero quien trabajó por todas y se desvivió en aquel caso fué Ricardo de la Selva.

Al cuarto día, después del fallecimiento de D.^a Angustias, recibió Juana una carta que abrió maquinalmente. Pero no bien había leído su contenido en silencio, cuando se enrojecieron sus mejillas, se le oprimió el pecho y hasta sintió que la respiración le faltaba. Arrugó el papel entre sus ma-

nos y despues de sentarse violentamente tapó sus ojos con el pañuelo, en el cual se empaparon abundosas lágrimas.

Justina, la antigua criada de D.^a Agustias, se habia impuesto la santa obligacion de consolar á Juanita cada vez que la sorprendía llorosa; así pues, en cuanto observó que después de la lectura sollozaba, se acercó á la señorita y le rogó lastimosamente que tuviera resignación.

—Por Dios, señorita; usted se ha empeñado en morirse tambien. A las santas no se las debe llorar tanto se las debe rezar como yo le rezo... y nada más.

Continuó Juana abismada en sus negras cavilaciones, sin escuchar las frases de Justina, y las lágrimas siguieron en su corriente.

Pero Justina queria remachar el clavo y endilgó otra razonada peroración, que produjo igual efecto que la primera.

En esto sonó el timbre de la puerta y Justina salió de la estancia con objeto de abrir.

A poco penetraba en el gabinetito Ricardo quien, al apercibirse de la actitud de Juana, permaneció de piés delante de ella sin proferir palabra. Respetaba el dolor de aquella muger infeliz y no queria turbar los desahogos de su alma.

Breves minutos después, Juana entregaba á Ricardo la carta que acababa de recibir; hé aquí lo que rezaba aquel extraño documento:

«Tu marido no es tan santo como suponían las gentes. Entra y sale con desusada frecuencia en casa de Lizarde y dicen que se entiende con la viuda. Una persona que te estima te dá este aviso á tiempo.»

Era la carta anónima que recibió Espiritu Santo, carta que esta habia enviado á su amiga con el siguiente *post-scriptum*:

«Me han mandado por el correo este anónimo; ahí lo tienes para que te enteres y hagais las cosas con más precaucion.

Espiritu.»

Fué tal la impresion que produjo en el ánimo de Ricardo la lectura de aquella misiva que, en un punto, su rostro adquirió el tinte pálido del pergamino. Trató de sobreponerse, pero no pudo; en aquel instante le arguyó la voz severa de la conciencia; imaginó porción de argumentos contrarios para él, que le convencieron de su maldad. «Por que, se dijo, si Espiritu posee un corazon, albergue de sentimientos vulgares, si su caracter repele al mio, si la bondad es para ella desconocida, yo imito sus infamias faltando á mis deberes de esposo.»

Los dos amantes se miraron con inquietud, sin atreverse á abordar la cuestion, pero afanosos de abordarla.

XVII

—¡Qué hemos hecho, Ricardo, qué hemos hecho!... Creíamos que este amor puro, ideal, era posible para nosotros y nos hemos engañado. Pensábamos que Dios había formado nuestros corazones para que se unieran á todo trance y, sin embargo, hoy nos debemos convencer de lo contrario. Las apariencias van más allá que nuestros propósitos: seguramente estoy deshonrada, mis amigas murmurarán de mí... y de los dos. Esa *persona* que con tanta oficiosidad ha dado á Espíritu noticias que nos importan, será indudablemente la primera en propagar la misma nueva por todas partes.

—¡Juana de mi alma!... se atrevió á decir Ricardo. Existen siempre gentes censurables que ven impurezas donde solo hay cariño de los cielos. Esas personas no son capaces de comprender toda la grandeza del amor, considerado solo en su significacion pura y divina; por el contrario se hallan dispuestas á juzgar por simple capricño, interpretan-

do á su modo el aspecto de las cosas y atribuyendo á los propósitos más lícitos una intención aviesada. Pero si el anónimo coresponsal de Espíritu, y con él todos los que ven negruras donde hay solo nitidez, tratan de vituperar nuestros nombres y de exponerlos á la murmuración, nosotros debemos estar tranquilos, por que somos inocentes. Las almas que sienten de un mismo modo, que comprenden las grandezas del cariño y que se atraen con fuerza poderosa han nacido para unirse; culpa es del destino la culpa de no haber acercado á tiempo á los seres que tienen tales almas. Si ya tarde han llegado á reconocerse, lo menos que pueden hacer es fundirse en purísimo consorcio, sin que ni el pensamiento ni el deseo conturben con ideas y con sensaciones materialistas esa unión divina.

—Sí, eso es; nuestro cariño no puede tener tacha ante la conciencia; pero, ya lo ves, esta carta es la primera repercusión de los ecos de la maledicencia; andando el tiempo, el eco llegaría á repetirse tanto que ya nuestra rehabilitación sería imposible. ¡Y quién sabe, Ricardo, quién sabe si más tarde nacerían deseos dormidos, ansias malditas!.. Ricardo, este amor es una locura.

—¿Qué dices?

—Sí, lo es; es preciso sobreponernos, ejercitar el dominio de la razón sobre el dominio de las pasiones.

—¿Qué intentas!

—Es preciso separarnos para siempre.

—¿Estoy soñando?—preguntó con arrebató el desdichado amante.

—Cálmate por Dios. ¿Ves mis lágrimas?... No se secarán nunca. ¿Oyes mis razones?... Y sin embargo, tu flaqueza sería bastante á hacerme desistir de mi propósito. Pero no, yo necesito que tú te sacrifiques por mí, al par que yo por tí me sacrifico. Ya la gente se ocupa de nosotros; es el vuelo de la maledicencia y hay que cortarle las alas.

Separémosno y yo podré salvarme de la deshonra. ¡Ay, pero si cometemos la imprudencia de seguir encontrándonos, me habré perdido para siempre!....

Las razones de Juana pesaron mucho en el corazón de Ricardo. Meditó un rato, hizo un esfuerzo y, levantándose, dijo:

—Es verdad; la misma excelcitud de este cariño pide para él nuevas formas de amor. Cualquiera lo atropellaría todo por tal cariño, nosotros no debemos atropellar nada para que quede incólume su grandeza. Adios, Juana de mi alma. Estas situaciones hay que definir las y resolverlas en un momento; si se piensa mucho sobre ellas acaba por no encontrárselas la resolución pedida. Adios. Pero .. ¡separarnos así!..

Juana llevó el pañuelo á los ojos y secó las lágrimas que empezaban á desprenderse de sus párpados.—Adios, dijo con desaliento.

Aproximóse Ricardo á ella y rodeando su cintura estampó un beso en aquella frente tersa y espaciosa. Separó instintivamente la cabeza Juana y sintió que una ola de fuego subia á sus mejillas.

Súbitamente salió Ricardo de la estancia, presa de agitacion nerviosa. Iba murmurando palabras cuyo sentido no debe escapársenos. «Era preciso; yo, si soy libre para amarla, no lo soy para poseerla. ¡Oh, y no era fácil continuar así; este último beso, primero tambien, ha despertado en mí una ansiedad extraordinaria! ¡Amor puro, amor espiritual!.. No; el amor es una obra de dos autores: el espíritu y la materia.»

XVIII.

Ricardo partió de la capital al día siguiente, y es de advertir que el estado de sus negocios le permitía la partida inmediata, por que hacía medio mes que había liquidado satisfactoriamente. Su permanencia en aquella población, desde que puso punto final á sus asuntos, tuvo por único objeto la proximidad de Juana.

Después de la última entrevista que tuvo con ella, se reprodujeron en su mente, una por una, todas las razones prudentísimas que Juana le indicó. Cada vez fué convenciendo más del peligro que corría la reputacion de Juanita, si se llegaba á extender por todas partes la version misma que contenía la carta llegada á manos de Espiritu Santo. De tal modo razonó y vió tan clara la falsedad de su situación, que acabó por temer si se habria vuelto loco al dedicar su cariño á una muger que no podía pertenecerle. Pero como el pensamiento forja á veces ideas contradictorias á las que concibió pri-

mero, formando una confusión caótica, llegó á justificarse de nuevo, á hallar lícito lo que ciertamente no lo era y á pensar que el cariño, que el entusiasmo que le había inspirado la viuda de Lizarde eran inofensivos para la divinidad: primero, por que procedían de causas justas, cuales eran la maldad de Espfritu y la celestial bondad de Juana y, segundo, por que en aquel destello de amor no habia sombra de impureza alguna. Verdad que más adelante, tal vez, se hubiera despertado el apetito concupiscente, cuyo aviso tuvo Ricardo en el momento de besar tiernamente á Juana, con ocasion de la despedida; pero hasta entonces el ideal de su amoroso sueño se habia inspirado en un impulso del alma, ageno á toda idea mundanal.

¡Cuán débil era Ricardo para vencer en la lucha que su razon y su alma habían comenzado. La voluntad no podia ejercitar su fuerza, por que la enervaba el poderío, más grande, del enamorado espfritu.

Si Ricardo no hubiese decidido tan repentinamente el viage, si lo hubiese diferido algunas horas, el tiempo lo hubiera dificultado más.

A decir verdad, Juana estaba temerosa de que Ricardo no pudiese cumplir el propósito. Pero á la vez que temia, deseaba que la partida se aplazase, que el amante volviese al lado de su amada.

Estas fragilidades del corazon de la mujer parece que son su nota característica; y sin embargo,

cuán análogos son tales sentimientos en el hombre.

Juana temía que Ricardo volviese y al propio tiempo lo deseaba; Ricardo quería separarse de Juana y, al propio tiempo, una fuerza misteriosa le arrastraba hacia ella.

La razón, como diosa que reside en el alma, dicta sus leyes y se engrandece cuando puede imponerlas. Dichoso es siempre el triunfo de la razón, porque no puede contravenir las leyes de la divinidad, que son sus propias leyes.

Ricardo acabó por imponerse la pronta partida, y sus naturales deseos y sus impulsos rodaron a los pies de la idea razonable de la separación, idea que germinó primero en la mente de Juana y que luego produjo luengas raíces en el pensamiento de su amante.

Salió de aquella tierra, con la satisfacción del deber cumplido, aunque con los dolores del corazón destrozado.

Pero lo que pudieron hacer las distancias, separando los cuerpos, no lograron hacerlo con las almas; éstas permanecieron unidas, besándose en el espacio, como astros brillantes que tachonaran el cielo, como luminares que en conjunción de amor parecieran juntarse por medio de un beso de luz esplendorosa...

XIX.

Tal vez hayais creído que Ricardo, al abandonar el suelo en que quedaba Juana, se dirigió á la poblacion en que vivía su esposa.

Si tal pensásteis vais á aprender lo contrario.

Llegad, llegad al fin de esta triste historia, cuyo desenlace estriba en dos cartas, redactadas concienzudamente.

Desde el momento en que Ricardo decidió, por un impulso poderoso de su voluntad, alejarse de la muger que tanto amaba, fijó su mente en apartados horizontes.

Al dedicar de lleno su cariño á Juana, habia hecho dejación completa de Espiritu Santo, esto es, habia cortado para siempre los lazos que con ella le unían. Si bien en el sentido legal no le era dado

deshacer esta unión, en cambio la practicaba materialmente, no haciendo cuenta de ella y abandonando á la esposa, según merecía por sus desaciertos.

Dirigióse Ricardo á Barcelona, desde donde envió una carta á su consorte y otra á la viuda de Carlos Lizarde.

Ambos documentos sintetizaban la historia de lo ocurrido y son, en verdad, pertinentes al caso.

Carta dirigida á Espiritu:

«A veces los sentimientos son hijos de las circunstancias, esos poderosos factores de obras diversas y de sentido contradictorio.

Yo habia depositado en tí lo más grande que el hombre guarda en su corazón: el amor que redime, el cariño que levanta á las almas hasta las regiones celestiales. En tí habia yo columbrado resplandores que á poco se extinguieron; en tí habia yo soñado felicidades engañosas.

El breve tiempo que duró nuestro trato previo, hizo que tu antifaz pudiese parecerme imagen real y nó engaño maldito. En tanto se deslizaron nuestros primeros diálogos y nuestra amistad fué adquiriendo la intimidad deseada, suavizaste tu carácter de tal modo que sus espinas parecieron delicadas flores.

Llené contigo una de las más hermosas aspiraciones de mi alma, te conduje al templo donde el

cariño sagrado recibe su parabien, donde el lazo se ata: te amaba mucho.

Viví á tu lado y comencé á hallar las espinas que ocultaron, en un principio, imaginarias flores, pero el cariño santo, con su abnegacion sin rival; disculpó las deficiencias de tu alma: te amaba mucho todavia.

Tu carácter fué adquiriendo formas de irascibilidad que contrastaban—¿por qué nó decirlo?—con la manera paciente y suave que yo demostraba; soporté las mil exigencias de tus caprichos, cuya insistencia fué haciéndome comprender mi desdicha: comenzabas á hastiarme.

Vi, cerca de tí, á una muger buena, sencilla, candorosa, alma cuyos sentimientos engranaban con los sentimientos míos, corazon cuyos latidos parecían una repercusion de los latidos en que mi corazon se agitaba; estudié el caracter bello, las dulzuras inefables de aquella muger y me inspiró inclinacion, interés, cariño ya no te quería.

La comparacion era diaria; sus cualidades parecían como el reverso de las tuyas; miraba su espontaneidad junto á tu reserva, cerca de tu doblez su sencillez candorosa, al lado de tu soberbia su afabilidad y su modestia; seguí aborreciéndote y continué amándola.

Me abandonaste como signo de desprecio, te alejaste de mí con ventura, huiste de mi lado feliz y risueña, como el pájaro que recobra su libertad

despues de prolongado encierro: entonces te odié más, y aún te odio.

No esperes nada de mí, tengo la leccion muy bien aprendida, tú me has enseñado á aborrecer, yo no sabía. Pero, fiel á mis maestros, á quien me ha enseñado á amar la amaré siempre,

Ricardo. »

XVII

Carta á Juana:

«Lejos estoy de tí, muy lejos, podré estarlo más; pero siempre estaré cerca.

No existen distancias para el humano pensamiento; las salva con la rapidez del rayo, por que es extraordinaria su virtud.

Esta separacion nuestra, sobre ser eficacísima para el amor que me has inspirado, comprendo que era necesaria. Cerca el uno del otro, en momentos en que la inclinacion propia del sexo busca las impurezas de la carne, el amor divino que arde en mi corazon hubiera podido emponzoñarse y, entonces, lo que era destello del cielo se hubiese trocado en negruras de abismo. Desterrados los cuerpos, juntas solamente las almas, que semejan astros unidos en el espacio azul, los peligros de esas impurezas desaparecen para dejar lugar, tan solo, á un sentimiento grande por lo espiritual y digno por lo desinteresado.

Si en tu pensamiento háñse clavado dudas espinosas, lava las heridas con el bálsamo de una idea cuya elocuencia te hablará en términos tranquilizadores: «nuestras almas habían nacido para unirse en conjunción peregrina; hondas desgracias nos hicieron reconocer el fondo de nuestros sentimientos; plugo á la suerte reunirnos cuando barrera inexpugnable impedía nuestra union ante el mundo; pero si es cierto que las almas tienen derecho al amor y este les faltaba ¿qué mucho que nosotros hayamos usado de ese derecho, corrigiendo en lo posible los desaciertos del hado?..»

Siempre te amaré, por que mi alma se completa con la tuya, por que tus sentimientos con vergen con mis sentimientos.

El dedo invisible de Dios señala un punto en el cual deben coincidir dos almas, para unirse con los íntimos lazos del cariño. Cuando las almas llegan á ese punto se confunden y se aman; inútil es que la sociedad comente con impiedad esa ley, como divina misteriosa y como misteriosa incomprendible.

Dijo Argensola que «la tierra no es el centro de las almas;» y siendo así, mal puede imponer el mundo sus preceptos á lo que procede de un mundo superior.

No temas, no; duerma tu conciencia con la placidez del justo: nuestro amor, que el mundo reputaría ilícito, es puro y es grato á la divinidad, en tan-

to no se mezcle con impurezas cuya evitación nos compete.

No me olvides, quíereme siempre, como yo te querré á ti, con amor purísimo que puede hacer eterna la conjunción de nuestras almas.

Y si te causa alguna inquietud este cariño, cuya grandeza no me espanta, piensa que solo no habiéndonos colocado próximos la suerte, concircunstancias tan especiales, hubiera dejado de nacer y de arraigarse el sentimiento que nos atrajo y que nos une...

Pero no, no pienses en eso: la vida—como dice Teófilo Gautier—se puede volver como se vuelve un reloj de arena; los granos que caen ya no suben de nuevo.»

FIN DE LA NOVELA.



EL DIA DEL JUICIO

EL DÍA DEL JUICIO

Catulo Sarabio se sentía abogado desde mucho antes que pensara en cursar la carrera.

—¡Cuando yo me ponga la toga y vaya al primer juicio,—decía—cómo me voy á lucirl!. ¡Ay, cuando llegará ese día!

Poquito á poco, á fuerza de recomendaciones, llegó Catulito á licenciarse, para regocijo de su papá, un usurero de siete suelas que le daba un millon de vueltas á un duro. D. Sérvulo—que así se llamaba el autor de Catulo—no había malgastado jamás un céntimo, pero lo que ahorró en todos sus negocios lo gastó de muy buen grado en la carrera de su Benjamin, sobre cuyo talento tenía formado el concepto más alto que puede suponerse.

Cuando Catulo era pequeño, D. Sérvulo no hacía más que tocarle al niño todas las prominencias de la cabeza, valiéndose de sus aficiones freno-

lógicas, para averiguar qué instintos encontraba más desarrollados en su heredero.

—¿A ver?—dijo un día, palpando con asombro un bulto que presentaba el niño en el parietal derecho.—No hay duda, este es el burujon de la elocuencia; este niño vá á tener un treinta por ciento de verbosidad, más que todos los oradores conocidos.

Catulito pataleó mientras su padre le practicaba este reconocimiento, dando alaridos que inspiraban lástima.

Y era que el chico experimentaba un dolor agudo por que el bulto que su papá le tocaba pertenecía á la élase de *chichones*: Catulo se habia caido por las escaleras, produciéndole el golpe aquella nuez madura.

Sin embargo de lo cual, el hijo de Sarabio llegó á *cojer* el título y su padre, loco de alegría, abonó con placer el importe de una toga y de un birrete que el novel abogado se mandó confeccionar enseguida.

A partir de aquel momento, Catulito se dedicó á buscar procesado que defender, faena en que le ayudó su padre de un modo eficazísimo.

Pero el joven letrado deseaba un negocio de empeño, un asunto peliagudo y estos no se encontraban por desgracia.

La suerte dió á Sarabito lo que sus gestores no habian podido darle. Tocóle ser abogado de

pobres y la primera causa que le llevaron á su estudio fué una por raptó de la jóven S. R. (Los nombres de las ultrajadas no deben decirse en letras de plomo)—¡Demonio!—se dijo D. Sérvulo. Esta causa, hijo mio, puede hacer tu reputación. Estúdiala bien, para que tu talento brille en toda su plenitud.

Desde que abrió el rollo Catulo, empezó á preocuparse demasiado: aquellas descripciones hechas por el procesado ó por su novia y los informes detallados, y un tanto escandalosos, producidos por los médicos forenses, se los aprendió de memoria y le quemaron la sangre de lo lúdo.

Catulito estaba preocupado con su defensa; habíase ya señalado el día del juicio, y D. Sérvulo iba repartiendo targetas á los amigos anunciándoles el *debut* de su niño.

Manolita Casarancia, una señorita pequeña de estatura y fina de color, semejante á una de las meninas de Velazquez, deseaba que llegase la hora de la vista, pues queria regocijarse ante el lucimiento del letrado, cuya figura no le desagradaba.

Y el día llegó: Catulo ciñó la levita, estrenó el sombrero de copa alta y tomando un simon dirigióse á la Audiencia, acompañado de D. Sérvulo y del procesado, que iba en el pescante llevando el bolso de damasco conteniendo el traje de toga.

Dió principio el juicio... ¡Ay qué nudos se le echaron en la garganta al pobre Catulito! Formuló

preguntas sin sentido práctico, miró á un lado y á otro con estupor, y, en fin, no supo lo que se hizo.

¡Pero qué apuros cuando el presidente le concedió la palabra! Se le nubló la vista, se puso blanco, como el arroz con leche, y olvidó de repente el discurso que llevaba aprendido. Haciendo un esfuerzo pudo pronunciar estas palabras:

—Ese no es, no es, no puede ser culpable. Hum... a... e... porque... es inocente.

Y el infeliz ahogaba la oracion con buches y más buches de agua.

Hasta que un sorbo le produjo cosquillas en la garganta y le dejó inútil para continuar mascando sílabas.

Concluyó el juicio y los concurrentes salieron comentando la ineptitud de Sarabio. ¡Sobre todo Manolita, la menina, que habia sufrido una decepcion horrible!

A los tres dias le fué notificada al reo la sentencia condenatoria, y cuando se enteró de ella preguntó muy fresco:

—¿Y á mi defensó, qué pena le han echao?...

ÍNDICE

	<u>PÁGS.</u>
Los inocentes.	9
La Caja de pasas.	15
Las almeceinas.	23
La rayita honda	31
El hijo del Tano	37
Víspera de S. Juan	47
Conjuncion (novela).	55
El día del juicio	155



1817

1817
1818
1819
1820
1821
1822
1823
1824
1825
1826
1827
1828
1829
1830
1831
1832
1833
1834
1835
1836
1837
1838
1839
1840
1841
1842
1843
1844
1845
1846
1847
1848
1849
1850
1851
1852
1853
1854
1855
1856
1857
1858
1859
1860
1861
1862
1863
1864
1865
1866
1867
1868
1869
1870
1871
1872
1873
1874
1875
1876
1877
1878
1879
1880
1881
1882
1883
1884
1885
1886
1887
1888
1889
1890
1891
1892
1893
1894
1895
1896
1897
1898
1899
1900



Obras del mismo autor

ROMANCERO



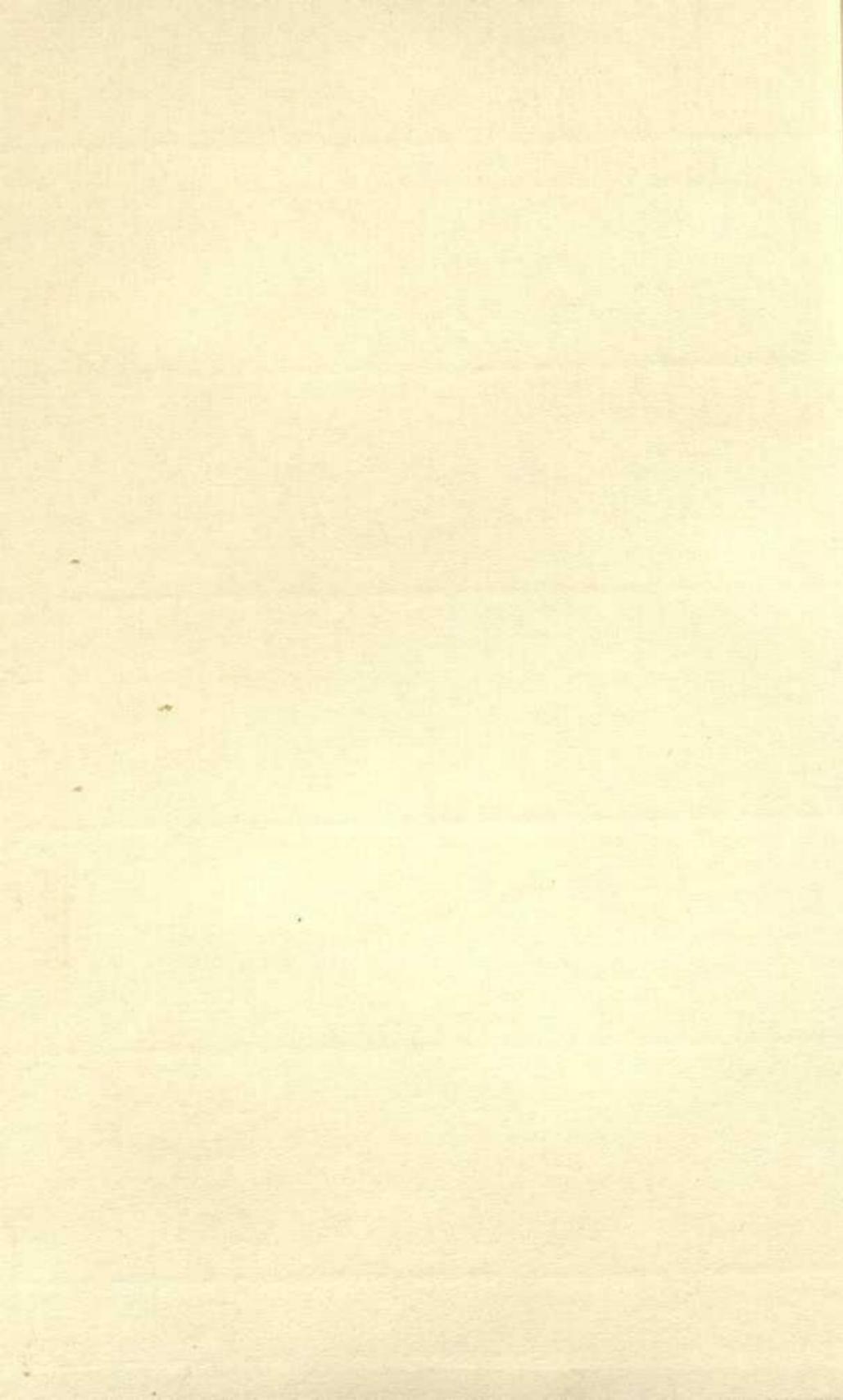
Coleccion de leyendas con ilustraciones de los Sres. Blanco Coris y Fernandez Alvarado y fotografados de Laporta. Precio 3 ptas.

ANGELES Y DEMONIOS.—Ensayo de novela. 1'50 ptas.

MULTICOLORES. — Artículos literarios con una portada de Fernandez Alvarado. Precio 2 ptas.

Ademas: BIOGRAFIAS.—2 ptas.—LA RECONQUISTA DE MÁLAGA, drama en tres actos, en colaboracion. 2 ptas.—LAS CAROLINAS, apropósito en colaboracion. 1 pta.—LA TOMA DE RONDA, leyenda. 0' 50 ptas.—LA FAENERA, monólogo. 1 pta.

En prensa:
MERIDIONAL
(POEMA)





FAN
XIX
518